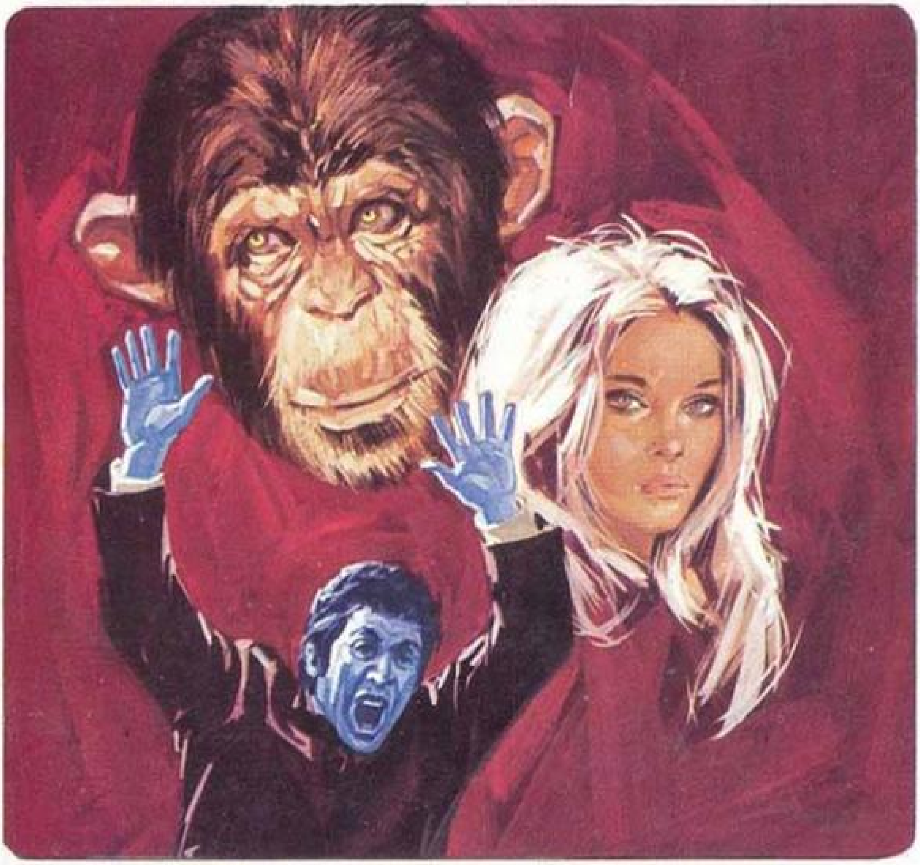
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERIE LA HUELLA

Lou Carrigan

OPERACION CHIMPANCE



COLECCION
LA HUELLA

LOU CARRIGAN

OPERACION CHIMPANCE

Colección LA HUELLA n.° 30
Publicación quincenal
Aparece los lunes

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-
Depósito legal: B 16.121 – 1975
Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición en esta Colección: junio, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

PRELUDIO

Equipado ya con el traje de goma y el tubo de aire, el biólogo profesor Miles Conway entró en la Sala de Experimentación. En los brazos llevaba el lente monocular y las aletas, así como una caja metálica en la que se veían dos indicadores de agujas protegidos por cristal.

La Sala de Experimentación estaba prácticamente ocupada por «la piscina», como la llamaban en el Centro de Investigaciones. La piscina era una gran urna de paredes de cristal muy grueso. Debían tener unos cuatro metros de alto por siete de largo… Algo así como una gigantesca pecera cuadrada.

Dentro de la descomunal pecera, además de algas, rocas, arena, y algunos pececillos, había otro ser, que ciertamente, no parecía encajar allí: un chimpancé.

El chimpancé llevaba también un traje de goma especial muy fino, que le permitía libertad de movimientos; su cabeza estaba protegida por un casco de escafandra, parecido al que utilizan los buzos. Esto, en sí, no era demasiado extraordinario. Lo que sí podía considerarse extraordinario era el hecho de que el chimpancé no llevaba tubos de aire, para poder respirar durante su permanencia bajo el agua.

Y sin embargo, allá estaba. En aquel momento se hallaba sentado en una de las rojizas rocas del fondo de «la piscina». Se veía enorme, agigantado por el efecto óptico del grueso cristal y el agua. Sí, allá estaba, bajo el agua… Cubierto por un traje de goma, con un casco… y desprovisto de aire. Ni siquiera cabía pensar que periódicamente subiese a la superficie para respirar, ya que la piscina tenía un techo, también de cristal, a ras del nivel del agua…

En definitiva, sólo cabía pensar que, fuese como fuese, el

chimpancé vivía tan campante bajo el agua, sin necesidad de aire.

En cambio, el biólogo profesor Miles Conway tuvo que ponerse el tubo de aire al dirigirse hacia la Sala de Experimentación, pues sabía perfectamente que él no podría vivir bajo el agua, sin respirar aire, como estaba haciendo el chimpancé.

A un lado de la piscina había una escalerilla metálica, que Conway utilizó para llegar al techo. Una vez allí, se colocó las aletas de goma, la lente monocular, y la boquilla del tubo de aire. Luego, alzó la trampilla, también de cristal, y se deslizó cuidadosamente al agua, llevando en las manos la caja metálica con indicadores.

Se sumergió, acercándose al mono, que le contemplaba con relativa curiosidad, sentado todavía sobre la rojiza roca. Miles Conway llegó ante el animal, y golpeo en la escafandra suavemente, como en un saludo cordial. El chimpancé se movió entonces: pareció saltar hacia la parte donde había sido colocado un árbol con muchas ramas sin hojas, que permanecía fijado al fondo de la piscina por medio de ventosas. Naturalmente, el salto no le sirvió de nada al chimpancé, que tuvo que nadar para llegar a las ramas.

Una vez allí, con movimientos lógicamente lentos debidos al impedimento del agua, el animal comenzó a desplazarse de una rama a otra, mientras el profesor Conway lo observaba. Finalmente, el chimpancé pareció cansarse del juego, y permitió que el hombre se le acercase.

Lo primero que hizo Miles Conway fue asegurarse de que la válvula inserta en el casco que protegía la cabeza del chimpancé funcionaba a la perfección, permitiendo el continuo paso de agua por un tubo de plástico transparente dentro del casco. Satisfecho del estado de la válvula, Conway tiró de lo que parecían dos botones de metal empotrados en la caja. Los botones se desprendieron, dejando ver entonces los hilos que los unían al interior de la caja. Sin resistencia por parte del chimpancé, el profesor Conway utilizó los estetoscopios especiales, que adhirió a la indumentaria del animal, para comprobar su estado físico. Durante tres o cuatro minutos olvidado del mundo y del medio ambiente en que estaba trabajando, Miles Conway se dedicó exclusivamente a aquellas comprobaciones, observando los indicadores de las esferas de la caja metálica.

De pronto, soltó ésta, dejando que se fuese al fondo, chocando

con algunas ramas. Se llevó las manos a la cabeza; a las sienes. Tras el cristal de su lente, sus ojos se abrieron mucho, como en un gran esfuerzo por despegar los párpados.

Ante él, el chimpancé comenzaba a convertirse en una mancha, sin contornos definidos.

«Me encuentro mal», pensó Miles Conway.

Este pensamiento le hizo reaccionar. Se olvidó en el acto del chimpancé, de la caja, de su trabajo…, y pensó solamente, con toda lógica, en su propia vida. Por lo tanto, comenzó a nadar hacia la superficie, alzando la cabeza, para localizar la trampilla de cristal por la que había entrado en la piscina.

No pudo verla.

No le fue posible localizarla.

La visión se iba enturbiando más y más, mientras Conway comenzaba a sentir náuseas, y un suave zumbido en su cabeza. Estaba ya en la superficie, tanteando en busca de la salida, pero sus manos solamente tocaban el cristal que cerraba la piscina; el cristal que había sido colocado precisamente para impedir que el chimpancé saliese del medio ambiente en que lo habían colocado.

Un cristal que estaba impidiendo la salida del hombre.

Finalmente, el profesor Conway tocó el borde de la trampilla… Pero sólo el borde, la juntura, pues la trampilla estaba cerrada, ahora.

¿Cerrada? ¿Cómo era posible? Naturalmente, estaba bien seguro de que él la había dejado abierta…

Empujó con ambas manos, ya desesperadamente, pero la trampilla no se movió.

Con la cabeza a punto de estallarle debido al zumbido cada vez más intenso que notaba en ella, Miles Conway lo intentó de nuevo con más fuerza…, pero con el mismo resultado.

Y al mismo tiempo, ¡gracias a Dios!, a través del cristal vio encima de él una sombra, una figura humana. Debía ser uno de sus compañeros de investigación, que había coincidido en visitar al chimpancé. Naturalmente, le había visto, estaba comprendiendo que se encontraba en apuros, y abriría la trampilla y le ayudaría a salir.

Era lo lógico.

Pero la lógica no siempre se cumple.

Y así, mientras esperaba en vano que aquella persona que estaba encima de él abriese la trampilla y le ayudase a salir, el zumbido fue creciendo en intensidad en la cabeza de Miles Conway, las náuseas aumentaron, el corazón comenzó a latirle desacompasadamente, a una velocidad tremenda.

Miles Conway se movió desesperadamente, golpeó el techo de cristal a través del cual veía a la otra persona, quiso gritar… La boquilla del tubo de aire escapó de su boca. La lente monocular se desplazó, con lo que la visión de Conway fue definitivamente borrosa…

El profesor Conway estuvo agitándose quizá un minuto más.

Luego, lentamente, se fue hacia el fondo de la piscina.

* * *

—¡Hasta el fondo! —rió John Gassnier—. ¡Vamos a apurarla hasta el fondo, Ruth!

Mientras decía esto, agitaba la botella de champaña, en la que todavía quedaba cantidad suficiente para un par de copas más.

Pero Ruth Crichton movió negativamente la cabeza.

—Por favor, John: ya es suficiente.

—¿Suficiente? Suficiente…, ¿qué?

—Suficiente bebida.

—¡Pero si ni siquiera hemos terminado una sola botella de champaña, querida! —protestó John Gassnier.

Ruth lo miró un tanto irritada ya. John Gassnier se había presentado en su chalet hacía un rato, con la botella de champaña, sonriendo jubilosamente…, oliendo ya a *whisky*. Evidentemente, estaba celebrando algo, pero a Ruth no le parecía muy correcto su modo de hacerlo. Si quería emborracharse, ¿por qué no lo hacía a solas? Ciertamente, John no se estaba comportando con corrección aquella noche…

—Creo —susurró por fin Ruth— que deberías marcharte a tu casa, John. Mejor dicho, creo que debería llevarte yo, pues no estás en condiciones de conducir.

—¡Estoy perfectamente! ¡Ven a darme un beso!

Ruth Crichton frunció el ceño.

—No pienso hacer semejante cosa, John —dijo acremente.

—¿Y por qué no? —refunfuñó Gassnier—. ¿Desde cuándo una

chica se niega a besar a su novio?

—Oh, vamos, ¡no digas más tonterías! Ya sé que vas diciendo por ahí que somos novios, pero sabes muy bien que eso no es cierto. Eres un amigo agradable, y nada más… Y eso, hasta ahora, John.

—¿Ya no te resulto agradable?

—Hemos salido algunas veces, lo pasamos bien, eres simpático… Eso es todo. Y hasta eso lo estás echando a perder, John.

—¿Quieres decir que no te casarás conmigo?

Ruth Crichton se puso en pie.

—Será mejor que te lleve a tu casa.

—Espera un momento, espera un momento. ¿Por qué me rechazas? ¡Todo el mundo sabe que nos amamos, y que…!

—¡Ya está bien, John, por favor! —comenzó a perder la paciencia Ruth.

John Gassnier estuvo unos segundos mirando fijamente a la bella muchacha. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Realmente había entendido que ella no le amaba? ¿Ruth había dicho eso? Él se había presentado allí con la botella de champaña, para celebrar… Sí, allí estaba, en el chalet de Ruth, en Inlet Drive, Anastasia Island. ¿O no?

Gassnier se puso en pie, y se acercó a la ventana del saloncito donde Ruth le había recibido. Desde allí se veía el mar, como teñido de negro y de plata. Y se veían los jardines, se percibía el aroma de las flores. ¡Qué lugar tan encantador había elegido Ruth para vivir!

De pronto, John Gassnier se volvió hacia Ruth, que le contemplaba atentamente.

—Quizá tengas razón —murmuró—. Me temo que mi comportamiento no es muy correcto esta noche. Pero quería decirte algo hoy mismo, ahora, esta noche.

—Mañana estarás en mejores…

—No. Ha de ser ahora. Sólo te pido que me escuches, Ruth. Sólo eso. Te amo. Quiero casarme contigo. Y nunca te arrepentirás. Tengo un gran futuro ahora, las cosas van a cambiar. Han cambiado ya, en realidad.

—¿De qué estás hablando?

—No puedo decírtelo, querida. Sólo puedo decirte que por fin he hallado mi oportunidad. Eso es lo único que debe importarnos. Eso, y nuestro amor…

—John, voy a pedirte un favor: permíteme que te lleve a tu casa

ahora, y mañana seguiremos esta conversación.

John Gassnier permaneció unos segundos reflexivo, como preocupado. Por fin, asintió con la cabeza.

—Me parece que tienes razón —susurró—. Lo estoy estropeando todo de un modo lamentable. Mañana seguiremos con esto. No, no me acompañes, te aseguro que puedo conducir.

—¿Estás seguro? Por mi parte, no sería molestia llev…

—No, no, no. De pronto, me siento más despejado, más lúcido. Y estoy lamentando haber venido precisamente esta noche, y en estas condiciones. Espero… que puedas perdonarme.

Ruth Crichton sonrió con afecto.

—No te preocupes. Hasta mañana, John.

Él se acercó a ella, como dispuesto a abrazarla, pero se detuvo en seco, y se quedó mirándola. De pronto, dio media vuelta, y se dirigió a la salida del saloncito.

Segundos después, salía de la casa. Saltó al volante de su coche, y sacudió la cabeza. Realmente, había sido un imprudente. ¿Por qué mezclar a Ruth en aquello? No debía hablar tanto. En realidad, no debía hablar nada sobre el asunto. Nada. Ni siquiera con Ruth.

Puso el coche en marcha. Condujo por Inlet Drive hasta San Agustín Boulevard, y de aquí al Puente de los Leones, hacia San Agustín, donde tenía su *bungalow*. Pasó por la zona de los rascacielos, fruncido el ceño, como siempre que los miraba, pero, en fin, había que aceptarlos…

Sus pensamientos fueron divagando, quizá debido al exceso de bebida. Por fortuna, no había demasiada circulación, y además, realmente, si se lo tomaba con calma podía conducir aceptablemente.

Llegó sin novedad a su *bungalow*, que ostentaba el número 36 de Cordova Street. A un lado estaba el pequeño garaje, en el que consiguió meter el coche sin rozarlo siquiera. Formidable. No debía estar tan mareado como creía.

En el fondo, pese a lo sucedido con Ruth, se sentía contento. ¿Por qué preocuparse? Al día siguiente la vería, se disculparía, lo arreglaría todo, la convencería para que se casase con él. ¿Por qué preocuparse?

Tan contento estaba que entró en el *bungalow* silbando.

Y el silbido se cortó de pronto, cuando aquella cosa tocó su

cuello. No supo lo que era. Simplemente, tenía algo en el cuello que le estaba impidiendo silbar, y respirar. Estaba como paralizado por la sorpresa. No era capaz de moverse. Y de pronto, comprendió lo que sucedía, lo estaban estrangulando. Allí, en su propio domicilio, en la oscuridad, lo estaban estrangulando con algo que rodeaba su cuello, que apretaba su garganta.

John Gassnier quiso reaccionar entonces, pero… ya era demasiado tarde. Lo primero que hizo fue llevarse las manos a la garganta, para quitarse «aquella cosa» de allí. Pero «aquella cosa» estaba hundida fuertemente en su carne, fuertemente, profundamente. Luego, intentó desplazarse, y golpear hacia atrás, y dejarse caer al suelo.

Esto sí lo consiguió. Sólo tuvo que doblar las piernas. Y entonces fue peor, porque quedó colgando de «aquella cosa», como si lo estuviesen… ahorcando.

Sus desorbitados ojos comenzaron a ver miles de puntitos luminosos. En sus oídos comenzó a producirse aquel silbido agudo. La cabeza comenzó a darle vueltas, vueltas, vueltas…

Y de pronto, todo cesó; John Gassnier ya no tuvo ninguna sensación más. Ya no podía tener ninguna sensación más.

Su cuerpo resonó sordamente contra el suelo. Unos segundos después, la luz del *bungalow* se encendió. La persona que había estrangulado a John Gassnier se acercó a éste, se inclinó, y acabó de rodear su cuello con la cinta de cuero, anudándola allí con un artístico lacito, moviendo hábilmente sus enguantadas manos. Los desorbitados ojos de John Gassnier estaban ahora llenos de puntitos de luz…

La persona que lo había estrangulado fue al dormitorio. Sacó un par de maletas del armario, y metió en ellas todas las cosas de Gassnier, incluidas las del cuarto de baño. Encontró su pasaporte, llaves, algunas fotografías. Todo fue a parar a las maletas. Una vez cerradas éstas, aquella persona salió por la puerta de atrás del *bungalow*, y las llevó al coche oscuro que tenía allí, apenas visible. Metió las maletas en el maletero, dejó éste abierto, y regresó al *bungalow*.

Se cargó el cadáver en un hombro, y lo llevó también al coche. Lo metió en el maletero, cerró éste, y se volvió hacia la cabaña. Vaciló, pero optó por regresar una vez más. No podía cometer

ningún error.

Entró, recorrió toda la cabaña, apago las luces tras asegurarse que no dejaba nada comprometedor. Fue de nuevo hacia la parte de atrás, salió.

Y apenas había dado el primer paso ya en el exterior, cuando sonó el timbrazo del teléfono. La persona respingó, y volvió la cabeza hacia el oscuro interior del *bungalow*. De alguna parte llegó un resplandor de luz, que hizo brillar las gotas de sudor en aquel rostro.

Dentro de la cabaña, el teléfono seguía sonando.

¡Trilíiinng…, trilíiinng, trilíiinng…!

La persona que había asesinado a John Gassnier echó a correr de pronto hacia el coche, se sentó ante el volante, puso en marcha el motor, y partió de allí a toda prisa…, mientras en el *bungalow* seguía sonando el timbre del teléfono.

CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono interior sonó, y el teniente Blyton, del *Police Department* de San Agustín, atendió la llamada inmediatamente.

—¿Sí?

—Teniente, ha llegado el señor Cronin… Dice que usted le está esperando.

—Si… Que pase, Mike.

Hacía mucho calor, y como agravante, el teniente Blyton era más bien gordo, así que por lo general, se pasaba el día sudando, durante los meses de verano; aquel calor húmedo lo iba a matar. Vaya que sí.

—Cualquier día —solía decir—, ¡*plaf*!, desaparezco, y sólo encontraréis un charco de sudor donde antes estaba yo.

Considerando que el sudor aumentaba con la actividad física, estuvo tentado de recibir sentado a Cronin, pero el buen sentido se impuso: a fin de cuentas, el tal Cronin era nada menos que un enviado de Washington.

Así que Blyton se puso en pie, y fue hacia la puerta, mientras se hurgaba un oído con el dedo meñique y pensaba:

«Enviado…, ¿de qué o de quién? Claro que me han dicho que es agente del Gobierno, pero…, ¿qué clase de agente? Seguramente es un tipo pequeño, chupado, que nunca ha sudado como yo, y que desde luego debe traer unos aires de mandón insoportables. Esos tipejos canijos que se pegan la gran vida envejeciendo detrás de una mesa…».

La puerta del despacho se abrió, y Blyton compuso una muy aceptable sonrisa cordial, mientras tendía su mano, hacia el tipo pequeñajo y canijo, diciendo:

—Señor Cron…

Se quedó callado de pronto, mirando al tipo «pequeñajo y canijo» que había tomado su mano, y que se la estrechaba mientras le observaba con curiosidad, dada su actitud súbitamente estupefacta. El tipo «pequeñajo y canijo» debía medir metro ochenta y dos, no tenía más de treinta años, y para mirar sus hombros había que hacer un considerable viaje visual de uno a otro. Tenía las facciones como modeladas a golpes de escarpa; la boca grande y fina parecía un cepo; y sus ojos eran tan negros que Blyton tuvo el pensamiento de que parecían dos trozos de noche.

—Teniente Blyton, supongo —dijo el «pequeñajo y canijo».

—Sí… Sí, sí… ¿Señor Cronin?

—Claro. Entiendo que acaban de decirle que iba a entrar.

—Sí… Oh, sí. Por favor, pase.

Neal Cronin entró en el despacho de Blyton, y se volvió hacia éste, que cerró la puerta, lo miró, y sonrió, todavía atónito.

—¿Algo no va bien? —preguntó el recién llegado.

—¿Eh…? No, no… Todo va bien. Bueno, quiero decir en lo personal. Aunque supongo que a usted no le interesan mis asuntos personales. Quiero decir…

—¿Por qué no me han de interesar sus asuntos personales? Si tiene algún problema y desea compartirlo con alguien, le escucharé con mucho gusto, teniente Blyton. ¿Cuál es su nombre?

—Chester… Sí, Chester.

—Muy bien, Chester. ¿Puedo hacer algo personal por usted?

El teniente Blyton estaba verdaderamente estupefacto. ¡Maldita sea…! Aquello era una de las sucias jugadas de Washington, desde luego. Le dicen que envían a un agente del Gobierno, él se imagina a un sujeto feo, pequeño, escuálido, viejo y con aires de ser alguien importante…, ¡y se encuentra con un tipo joven, alto, guapo, fuerte, con cara de listo, y que además empieza la entrevista llamándole Chester a secas!

—Pues no… No, señor, pero se lo agradezco como si hubiese hecho algo importante. O sea: que usted es Neal Cronin.

Éste parpadeó, un tanto perplejo, por la actitud del policía.

—¿Quiere ver mi tarjeta de…?

—¡No, no! ¿Quiere usted fumar?

Neal Cronin miró su reloj de pulsera, y luego asintió con un gesto.

—Bueno: fumaré un cigarrillo.

Blyton se lo ofreció, encendió otro para sí, y se sentó, después que lo hubo hecho Cronin en la silla que señaló, delante de su mesa.

—¿Tiene algo que ver la hora con el hecho de que usted se fume un cigarrillo? —preguntó, intrigado.

—Claro que no.

—Ah… Como he visto que miraba su reloj…

—Soy muy meticuloso.

—Ah. —Blyton se metió el meñique en una oreja—. ¿Controla los cigarrillos que fuma cada día?

—No es eso. Es que en mi servicio, exigen que anotemos todo lo que hacemos a cualquier hora del día, y he tomado nota de este momento para anotarlo en mi libreta: hoy, día tal de tal, a las diez treinta y dos de la mañana, me fumo un cigarrillo, obsequio del teniente Blyton, del *Police Department* de San Agustín.

—Me está tomando el pelo —sonrió Blyton.

—Claro que no. ¿Acaso no es usted de los que piensan que los agentes del Gobierno somos unos tipos presuntuosos que perdemos el tiempo en tonterías?

Blyton enrojeció. Se dio cuenta de ello, y para intentar ocultarlo, se pasó el pañuelo por la sudorosa frente.

—Ejem… Entiendo, señor Cronin, que viene usted por el asunto del Centro de Investigaciones.

—Sí.

—Bien… Le supongo enterado de lo ocurrido, pero quizá pueda hacerle algunas aclaraciones. Esto… Bueno, supongo que usted me visita precisamente por eso.

—Naturalmente.

—Sí, claro. ¿Y luego debo dejar el asunto en sus manos?

—Oficialmente, sí. Pero no soy de los que desdeñan la colaboración inteligente de cualquier persona. Y tengo la impresión de que usted es inteligente.

Blyton captó la chispita amablemente burlona en el fondo de los negrísimos ojos de Neal Cronin, pero, cosa extraña, no le molestó. Lo que hizo fue sonreír de oreja a oreja.

—Es usted muy amable, señor Cronin. Por mi…

—Neal.

—¿Qué?

—Puede llamarme Neal, puesto que yo a usted lo llamo Chester.

—Ah… Sí, muy amable, sí. Por mi parte, iba a decir, no puedo hacer más que ponerme a su disposición. Aunque si me permite una opinión personal…

—Las opiniones personales son, precisamente, las que más me interesan, Chester. ¿Cuál es la suya?

—Pues… yo creo que el Gobierno le está dando demasiada importancia al simple robo de una cantidad tan insignificante como son doscientos cincuenta mil dólares.

Neal Cronin estuvo unos segundos mirando fijamente los claros ojos de Blyton. Por fin, asintió con un gesto, y acto seguido encogió los hombros.

—¿Se ha sabido algo de John Gassnier? —preguntó.

—Nada en absoluto. Lo hemos investigado todo: servicios de taxis, aeropuertos, trenes, estaciones de autobuses interurbanos, muelles, casas de alquiler de coches, de lanchas, de helicópteros… Por el momento, no tenemos ni rastro de él. Simplemente, ha desaparecido con los doscientos cincuenta mil dólares del Centro.

—¿Conocía usted a Gassnier?

—¿Personalmente? No… ¿Por qué?

—Porque le preguntaría si era imbécil. Gassnier, no usted.

Blyton comprendió en el acto la idea de Neal Cronin, y asintió.

—Sí… Es de imbécil hacer eso, en efecto. Pero usted ya sabe que el mundo está lleno de imbéciles. ¿Por qué no puede ser John Gassnier uno de ellos? Incluso puede ser lo bastante imbécil para creer que podrá disfrutar de ese dinero robado de los fondos del Gobierno destinados a investigaciones científicas. De todos modos, si quiere, puedo indicarle algunas personas que quizá sí sabrán decirle si John Gassnier era imbécil.

—Si se refiere a las personas que trabajan con él en el Centro, ya estoy bien encaminado hacia ellas. ¿Alguien más?

—Su novia, quizá —dijo Blyton, tras reflexionar—. Naturalmente, la hemos interrogado, pero la muchacha no sabe nada. Dice que esa noche Gassnier fue a visitarla, y que…

—Conozco esa parte del informe. Entiendo que la señorita Crichton vive en Inlet Drive, en…

—No la encontrará allí, ahora. Hasta las cinco de la tarde está en los

Gray's
. Son unos grandes almacenes, donde ella trabaja.

—¿De vendedora?

—No. Es una modelo fija en los almacenes, para pruebas de vestidos, pase de creaciones. Cosas así.

—Eso quiere decir que es bonita, ¿no?

—Pues sí —sonrió Blyton—. Es muy bonita. Mucho, caramba. No me sorprende nada que Gassnier estuviese loco por ella. En cambio…

—¿Qué?

—Bueno, según parece, Gassnier iba diciendo a todo el mundo que él y la señorita Crichton eran novios, que se iban a casar muy pronto… Cosas así. En cambio, ella dice que de eso, nada.

—¿Cómo, nada?

—Pues nada de nada. Amigos, y nada más.

—Ya… Bien, es un detalle a tener en cuenta. Aunque, claro, supongo que a usted se le ha ocurrido pensar que quizá la muchacha está mintiendo, Chester.

—¿Mintiendo? —Se pasmó Blyton—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Por ejemplo, porque el hombre que se le atribuye como novio ha robado doscientos cincuenta mil dólares. Pero, vamos a dejar eso, de momento. Hablemos del profesor Miles Conway. ¿Cuál ha sido el resultado de la autopsia?

Chester Blyton se quedó mirando fijamente al hombre llegado de Washington.

—¿Están ustedes relacionando una cosa con otra? —murmuró.

—¿No le parece posible? —preguntó a su vez Neal.

—No sé… Yo más bien diría que ha sido una coincidencia, precisamente considerando el resultado de la autopsia; el profesor Conway, simplemente, murió ahogado en aquel estanque. La piscina, lo llaman en el Centro.

—Ahogado. ¿Eso es todo?

—Todo. Debió ocurrirle cualquier pequeño percance, la boquilla del aire escapó de su boca, y se ahogó. Sí, eso es todo. Cuando la señorita Fairbanks fue a la Sala de experimentación, lo encontró en el fondo, ahogado. Yo creo que esa muerte por accidente, y el robo de los doscientos cincuenta mil dólares por parte de Gassnier, han

sido dos hechos coincidentes, simplemente, sin que tengan relación alguna entre sí.

—Puede que todo sea así de simple. Sin embargo, mi Departamento ha creído oportuno hacer una investigación… Y no creo que haya nada de malo en ello.

—Claro que no —sonrió Blyton—. A fin de cuentas, a los hombres como nosotros nos pagan para que trabajemos.

—Eso es —sonrió a su vez Neal—. Bien. ¿Nada nuevo, entonces?

—Nada nuevo ni interesante. Por supuesto, la búsqueda de John Gassnier continúa. Aunque yo creo que debe estar en Acapulco, o quizá en Río de Janeiro, pegándose la gran vida…, por el momento. ¿Se va a quedar usted aquí, o regresa a Washington?

—Voy a esperar a que Gassnier regrese —musitó Neal.

—¿Está bromeando? ¡Claro que no regresará! Al menos, por propia voluntad. Yo no regresaría, al menos.

Neal Cronin se puso en pie.

—Pero usted, Chester, no tiene una novia tan linda, de la que está locamente enamorado, y con la cual tiene o tenía intenciones de casarse. ¿Verdad?

Blyton se mordió los labios antes de musitar:

—¿Qué trata de decirme?

Neal Cronin movió la cabeza con gesto ambiguo.

—Si ocurriese algo nuevo, llámeme. Voy a estar en el hotel San Marcos.

CAPÍTULO II

Tendido en la cama de su habitación en el hotel *San Marcos*, Neal Cronin repasó una vez más, mentalmente, todos los datos de que disponía.

Había sido llamado el día anterior al despacho de su jefe, en Washington, y allá, se le había puesto al corriente de una verdad que Blyton, y la policía en general, parecía desconocer; el proyecto sobre los chimpancés. Es decir, la «Operación Chimpancé», como se la llamaba.

«—No se trata de nada bélico, como quizá has comprendido ya por el nombre, Neal —había dicho su jefe—. Es más bien un asunto que parece… absurdo, descabellado. Un proyecto biológico.

»—¿Con chimpancés? —había preguntado él.

»—¿Por qué no? Hace años, sólo se utilizaban cobayas, para estas cosas. Ahora, se utilizan toda clase de animales. Y se ha escogido el chimpancé, no sólo por su… semejanza al hombre, sino porque es un animal fuerte, y, sin duda alguna, el más inteligente, después del hombre.

»—Incluso más inteligente que algunos hombres —diría yo—. Por lo menos, más inteligente que el tal John Gassnier.

»—¿Has leído bien todo el informe, y examinado todas las fotografías?».

Neal había asentido con un gesto. Claro que había leído bien todos los datos que parecían coincidir: la muerte que por el momento se consideraba accidental del profesor Miles Conway, y la desaparición de John Gassnier. Desaparición que, seguramente con buena lógica, se relacionaba con la de doscientos cincuenta mil dólares que el Gobierno había enviado al Centro de Investigaciones de San Agustín. Y ya que se mencionaba la lógica…, ¿por qué no

admitir que quizá John Gassnier había hecho algo más, como por ejemplo, provocar el accidente del profesor Conway, quien quizá había visto algo sospechoso en su compañero de equipo?

En cuanto al equipo, estaba compuesto por cinco personas:

Miles Conway, que hasta su muerte había sido precisamente el jefe del equipo. Gene Fairbanks, ecólogo, de cincuenta y dos años, un hombre de gesto concentrado y rasgos inteligentes. Ava Fairbanks, hija de Gene, y que había seguido los mismos estudios que su padre por lo que le ayudaba directamente. El científico de equipos técnicos Geoffrey Strother, un sujeto de gran pelambrera, con lentes, mirada apagada, de devorador de libros. Y John Gassnier, también biólogo, como Miles Conway, con el cual, hasta entonces, había colaborado muy estrechamente.

Neal había visto las fotografías de los cinco, llegando a diversas conclusiones. Por ejemplo, Ava Fairbanks era una chica muy bonita, pero parecía cansada. Cabellos castaños, facciones delgadas, cuerpo sugestivo, pero quizá un tanto… esquelético, debía tener unos veinticinco años. Las fotografías de Miles Conway y Gene Fairbanks habían mostrado a Neal Cronin los rostros de dos hombres de algo más de cincuenta años, aunque en Conway este aspecto envejecido parecía determinado por el exceso de trabajo; ambos inteligentes, bien conocidos, considerados… Geoffrey Strother, el sujete de la gran pelambrera, con lentes, no tenía más que treinta y nueve años, y estaba considerado como un gran científico técnico. John Gassnier… Bien, John Gassnier tenía algo en su favor: de ninguna manera tenía cara de imbécil. Joven, apuesto, sonriente, brillante investigador desde hacía tiempo a las órdenes de Miles Conway.

«—Sí —había replicado Neal—, lo he leído todo bien y he examinado las fotografías, señor. El resumen es éste: muerte accidental del profesor Conway, y… misteriosa desaparición de John Gassnier y de doscientos cincuenta mil dólares. ¿No tenemos fotografías de esa chica, Ruth Crichton?

»—No. Pero supongo que la conocerás pronto. Gracias a ella se descubrió la fuga de Gassnier en la misma noche. La señorita Crichton estaba preocupada por Gassnier, que la había visitado, así que, poco después de que él se marchó, calculando que ya debía haber llegado a su casa, lo llamó por teléfono. Gassnier no contestó. La señorita Crichton volvió a llamar unos minutos más tarde, con el

mismo resultado. Y llamó dos veces más. Por fin, temiendo que Gassnier hubiese tenido un accidente, llamó a la policía. La policía fue al *bungalow* de Gassnier, pero él no estaba allí. En cambio, sí estaba su coche, en el garaje…

»—¿No le parece que eso es absurdo, señor?

»—Sí. Lo que no es absurdo es que a la mañana siguiente, Gene Fairbanks avisase de la desaparición de doscientos cincuenta mil dólares de la caja fuerte del Centro. Entonces relacionamos ambos casos. Quiero decir, la desaparición del dinero y la de Gassnier. Respecto a esto, y a la muerte de Miles Conway, tendrás que hacer una investigación a fondo.

»—Muy bien. ¿En qué consiste exactamente esa "Operación Chimpancé"?».

El jefe de Neal Cronin había vacilado. Pero sólo un instante. En seguida, había sonreído.

«—Naturalmente que a ti te lo puedo decir: se trata de estudiar una vez más las posibilidades de que el hombre pueda vivir… autónomamente bajo el agua, durante tiempo indefinido. Ya sabemos que a veces hay proyectos que parecen descabellados, pero la marcha de la Ciencia, en todos sus aspectos, no puede detenerse. Todos los Gobiernos del mundo tienen en marcha proyectos secretos, de diferentes clases, y la mayoría no escatiman en los gastos. Por ejemplo, en esta operación se llevan gastados ya dos millones de dólares. Precisamente, esos doscientos cincuenta mil completaban la cifra de dos millones.

»—¿Y… los resultados…?

»—Bueno… No sé. No estoy al corriente de ellos, pero leí hecho cierto es que existe esa "Operación Chimpancé", que nuestro Gobierno siente interés por ella, y que no vamos a permitir que nada la perturbe.

»—¿Qué quiere decir, señor?

»—Podría tratarse de un caso de sabotaje, quizá, Neal. Esa idea, naturalmente, la tienen en el fondo de sus mentes los tres miembros que quedan del equipo, y están algo nerviosos. La más afectada ha sido la señorita Fairbanks. Entre otros trabajos, la chica tenía la misión de anotar todos los datos que le iba facilitando Miles Conway, así que aquella noche, como todas, esperaba a Conway. Como éste no aparecía, y se iba haciendo tarde, fue a la Sala de

Experimentación en su busca…, y lo encontró en el fondo de la cisterna.

»—Debió alterarse mucho desde luego. ¿A qué hora se había marchado John Gassnier del Centro?

»—Cuando Ava Fairbanks encontró ahogado al profesor Conway, hacía unos quince minutos que Gassnier se había marchado. La señorita Fairbanks lo había estado viendo por allí.

»—¿Todo el tiempo?

»—No… Todo el tiempo, no.

»—Entonces, cabe la posibilidad de que Gassnier atentase de algún modo contra Miles Conway, ¿no?

»—Sí. Claro que eso podría haberlo hecho cualquiera de los del equipo.

»—Pero el que ha desaparecido ha sido Gassnier.

»—Y doscientos cincuenta mil dólares, Neal…».

Tendido en la cama de su habitación, Neal Cronin dejó de pensar, para echar un vistazo a su reloj de pulsera.

Eran las cuatro y cuarenta minutos. Para ser exactos, las dieciséis cuarenta.

Saltó de la cama, fue al cuarto de baño, y se echó unos manotazos de agua a la cara. Se peinó sin mirarse al espejo, pues se tenía ya demasiado visto, y regresó al dormitorio. Se vistió, se colocó la funda axilar con la pistola, y se puso la chaqueta. Cuando volvió a mirar su reloj, eran las dieciséis cuarenta y cinco.

A las dieciséis cuarenta y siete estaba en la calle.

Y a las dieciséis cincuenta y cinco se detenía delante de la gran fachada de amplios escaparates de cristal de los almacenes *Gray's.*

* * *

Ruth Crichton estaba completamente desnuda, mirándose al gran espejo del camerino de modelos, cuando sonó la llamada a la puerta de éste. Ruth miró hacia allá, y encogió los hombros.

—Adelante —autorizó.

Mientras tanto, pensaba que solamente podía ser su compañera Mabel, así que volvió a mirarse al espejo. Por fin había terminado la jornada, y podría vestirse normalmente, sin tener que dar paseítos mostrando la elegancia de los modelos que se vendían en

Gray's
. A decir verdad, Ruth no estaba demasiado contenta de ella misma. Decían que era muy bonita y elegante, pero, para su gusto, tenía demasiado pecho… El resto estaba bien: bonitas caderas bien proporcionadas, no gruesas, pero tampoco señalando los huesos; vientre liso, piernas muy bien torneadas; hombros perfectos, cuello largo, esbelto… Pero, la perfección quizá no exista, ni siquiera para muchachas tan lindas y bien proporcionadas.

Volvió la cabeza hacia la puerta, con un gracioso; gesto que hizo flotar sus rubios cabellos como un destello de sol.

—¿No te parece que tengo…? —empezó.

—Sí —asintió Neal Cronin—: por supuesto que tiene.

Para entonces, la reacción de Ruth Crichton había llegado a su final: había lanzado un gritito, había recogido velozmente su bata y ocultado con ella su cuerpo, y estaba ya señalando la puerta con un precioso bracito que parecía de porcelana.

—¡Salga de aquí! —gritó.

—Como guste.

Neal salió, cerrando la puerta. En seguida, Ruth volvió a oír los golpecitos en ésta. Frunció el ceño, se puso bien la bata, y fue a abrir. Naturalmente, Neal Cronin estaba allí, mirándola con gesto amable.

—¿Qué desea usted? —refunfuñó la muchacha.

—¿Señorita Crichton?

—Si… Sí.

—Soy Neal Cronin, agente del Gobierno. ¿Sería tan amable de atenderme unos segundos para contestar unas preguntas?

—Podría usted haber empezado por ahí, ¿no le parece?

Neal parpadeó, como confuso.

—Bueno, ésa era mi intención. Pero como no acostumbro hablar con las personas a través de las puertas, llamé a la suya. Oí una encantadora voz que me decía «adelante», y… entré.

Ruth Crichton estuvo unos segundos contemplando con fijeza los negros ojos, que a su vez la contemplaban con gran atención. De pronto, la muchacha sonrió.

—Pase, señor Cronin.

—Muy amable, gracias.

—Creo que soy yo quien debe disculparse por lo de antes… Creí

que era mi compañera Mabel. Compartimos el camerino.

—Lamento no haber tenido la suficiente perspicacia para adivinar eso, señorita Crichton.

Ella volvió a sonreír, cerrando la puerta. Volvió a mirar con gran atención al agente del Gobierno.

—Es usted un hombre simpático y atractivo, señor Cronin.

—¿Más que John Gassnier? —sonrió Neal.

—¿Ha venido a hacerme preguntas sobre él?

—Si a usted no la molesta.

—Claro que no. Aunque ya le dije a la policía todo lo que puedo decir sobre esto. ¿Le importa que me vista, mientras usted hace sus preguntas?

—Por supuesto que no. Al contrario.

Ruth se mordió los labios para no reír. Miró maliciosamente a Neal, y, al parecer para desencanto de éste, pasó tras el biombo que tenía pretensiones de origen chino. Con lo que Neal tuvo que conformarse con ver su cabeza y la parte superior de los hombros…

—¿Cuál es su primera pregunta?

—Me temo que va a resultarle bastante tonta: ¿sabe usted dónde está John Gassnier?

—No.

—¿Él no la ha llamado por teléfono?

—No.

—Según tengo entendido, fue usted la última persona que lo vio antes de su desaparición. ¿Es así?

—¿Cómo puedo saberlo? Sé que lo vi hace dos noches, y que él se fue de mi casa, eso es todo. Después de eso, pudo ver a otras personas.

—Claro. ¿Quizá él mencionó esa posibilidad? Cuando se despidió de usted…, ¿dijo que iba a ver a alguien?

—No. Y yo diría que no estaba en condiciones de hablar con nadie, señor Cronin.

—Sí, recuerdo ese detalle. Había bebido bastante, ¿verdad?

—Un poquito de más. Se puso bastante pesado.

—Si estaba usted a punto de ponerse una bata, no me sorprende.

—Yo estaba completamente vestida, señor Cronin.

—Tampoco así me sorprende.

Ruth sonrió deliciosamente.

—De verdad que es usted muy amable. ¿Realmente es agente del Gobierno?

—Realmente. ¿Sabía usted que John Gassnier, según todos los indicios, se había llevado un cuarto de millón de dólares del Centro de Investigaciones donde trabaja?

Ruth, que estaba con los brazos en alto, a punto de pasarse el jersey por la cabeza, se quedó así unos segundos, atónita, muy abiertos los ojos.

—¡Claro que no sabía eso! —exclamó por fin.

—¿El no dijo nada al respecto?

—¡Por supuesto que no! —exclamó de nuevo Ruth, tras terminar de ponerse el jersey.

—¿Tampoco la policía le dijo nada sobre ese dinero?

Ruth salió de detrás del biombo, ya vestida; el jersey de hilo, muy escotadito, y una falda que llegaba apenas a las rodillas. Al ponerse los zapatos de tacón alto, la belleza y esbeltez de sus piernas habían salido muy beneficiadas. Se sentó en el taburete del tocador, tente el espejo, y cogió el cepillo para el cabello.

—La policía —murmuró— sólo hace preguntas, preguntas, preguntas… Y nunca dan explicaciones.

—Es una táctica que a veces da buenos resultados, pero que en ocasiones limita mucho las posibilidades de obtener respuestas más aclaratorias por parte de los interrogados.

—¿Qué… qué…?

—Quiero decir que cuanto más sabe el interrogado, más respuestas puede dar. En este caso, considero conveniente que usted esté informada al máximo, para que sus respuestas sean de mayor utilidad. ¿Se le ocurre algo nuevo sabiendo ahora por qué buscamos al señor Gassnier?

—No… No, lo siento.

—¿Cree usted capaz al señor Gassnier de robar una cantidad semejante?

Ruth miró a Neal reflejado en el espejo del tocador, pues el agente del Gobierno se había colocado tras ella, admirando sus largos cabellos rubios mientras ella los cepillaba.

—No lo sé —murmuró.

—Eso quiere decir que puede admitir que Gassnier sí lo hiciera. ¿No es así, señorita Crichton?

—Supongo que todos somos capaces de hacer algo deshonesto alguna vez. ¿Por qué no admitir que John lo hiciera?

—Ésa es una respuesta muy sensata.

—Y quizá lo hiciera —susurró Ruth.

—¿Por qué dice eso?

—Hace unos cinco meses que conozco a John. Es un chico simpático, normalmente, así que hemos salido bastantes veces.

—He oído decir que se iban a casar.

—Tonterías —refunfuñó ella—. Últimamente, él se estaba poniendo un poco pesado con eso, pero le aseguro que mis intenciones estaban muy lejos de llegar a la boda. Tengo muchos amigos, y él es uno de ellos. Eso es todo. Ya le dije a la policía…

—Sí, lo sé —sonrió Neal—, de eso, nada. ¿Por qué ha dicho usted que quizá Gassnier sí robase el dinero?

—Hace un par de semanas gastaba más de lo habitual en él.

—¿Mucho más?

—Yo diría que bastante más. Cuando la otra noche se presentó, tan contento, con una botella de champaña, y me dijo todo aquello, yo pensé, simplemente, que le habían aumentado considerablemente el sueldo.

—¿Qué es lo que él dijo exactamente?

—¿Exactamente? Me temo que no podré decirlo con sus mismas palabras, pero dijo más o menos que si me casaba con él nunca me arrepentiría, que tenía un gran futuro ahora, y que las cosas habían cambiado… Algo así.

—¿En qué habían cambiado?

—No lo dijo. La verdad es que yo no tenía deseos de escucharle. Había bebido *whisky* antes de presentarse con el champaña. Lo que yo quería era terminar cuanto antes, así que no le hice mucho caso.

—Ya. Ha dicho usted que gastaba más de lo habitual en él. Pero eso, desde hacía un par de semanas.

—Sí.

—Los doscientos cincuenta mil dólares no desaparecieron del Centro de Investigaciones hasta hace dos noches, señorita Crichton.

Ruth se volvió y alzó la cabeza, para mirarlo directamente, asombrada.

—No sé qué decirle —murmuró.

En aquel momento se abrió la puerta del camerino, y entró una

pelirroja despampanante, que cerró de un taconazo, se quitó el modelito de un tirón, y exclamó:

—¡Uf! ¡Las clientas de última hora! ¡Oh!

—Buenas tardes, señorita Mabel-saludó Neal.

La pelirroja sonrió simpáticamente.

—Hola, pimpollo —correspondió al saludo—. Si molesto, me voy volando de aquí.

—No digas tonterías —refunfuñó Ruth, poniéndose en pie.

—¿A qué tonterías te refieres? ¿A la de que molesto o a la de que puedo marcharme volando?

—A las dos. Hasta el lunes.

Ruth se dirigió hacia la puerta, seguida de Neal, que la abrió, la dejó salir, y se volvió sonriente a la pelirroja.

—Pues a mí —dijo-no me sorprendería verla volando.

—¿Le parezco un ángel?

—Más bien una bruja. Pero no debe serlo, ya que no veo la escoba.

Mabel se echó a reír, divertidísima. Neal cerró la puerta, y se fue en pos de Ruth, que le dirigió una hosca mirada de reojo.

Salieron de los almacenes, y Neal la miró interrogante.

—¿Dónde tiene su coche?

—En el garaje. Me resulta más cómodo tomar el autobús.

—Buena idea. Y muy adecuada, en esta época de ahorro energético. Yo he alquilado un coche, sin embargo… ¿Me permite que la lleve a su casa?

—¿Todavía tiene más preguntas que hacerme?

—Sólo unas pocas más. Podría conducir usted, y así yo no tendría que interrumpir la conversación para ir preguntándole el camino.

—Es usted un hombre práctico, por lo que veo.

—Procuro serlo. —Neal señaló su coche, y comenzaron a caminar hacia allí—. Naturalmente, usted tampoco sabe que el profesor Miles Conway falleció en el Centro de Investigaciones.

—Oh, sí. Eso sí, salió en el *Miami Herald*.

—Claro. Bueno, lo que yo quería decir es que quizá no fue un accidente, sino que John Gassnier pudo asesinarlo preparando las cosas de modo que parecieran un accidente.

Ruth Crichton quedó como clavada al suelo, mirando de nuevo

con expresión desorbitada a Neal.

—Usted… ¡usted no sabe lo que dice! —exclamó.

—¿No cree que Gassnier pudiera hacer eso?

—¡Claro que no!

Neal volvió o señalar el coche, se acomodaron ambos, y la muchacha lo puso en marcha.

—¿Por qué no? —preguntó Neal.

—Dios mío, ¡no lo sé! ¡Pero no me imagino a John matando a nadie!

—¿Robando sí se lo imagina?

—No sé… Pero eso podría admitirlo. Aunque si usted dice que robaron el dinero hace dos noches, y él ya gastaba más desde hace un par de semanas…

—Es un poco desconcertante —admitió Neal—. ¿Vive usted sola?

—Sí, claro.

—Seguramente, Gassnier la visitaba con asiduidad.

—¿Eso forma parte del interrogatorio oficial? —Le miró con el ceño fruncido Ruth.

—No —sonrió Neal.

Llegaron en pocos minutos a Inlet Drive, sin que ninguno hubiese vuelto a hablar. Ruth detuvo el coche delante de su chalet, y lo señaló.

—Hemos llegado. Muchas gracias por traerme, señor Cronin.

—He tomado la decisión de rogarle que no haga comentarios con nadie sobre esta conversación, señorita Crichton. Para todo el mundo, las cosas deben ser lo que parecen hasta ahora. ¿Comprende?

—Desde luego. Adiós, y de nuevo gra…

—Me gustaría ver su coche —interrumpid Neal.

—¿Mi coche? ¿Para qué?

Neal salió del coche, y se quedó mirándola, inclinado sobre la ventanilla. Ruth palideció ligeramente. Luego salió, y entró en el pequeño jardín, seguida de Neal. Hacía una bonita tarde de sol, y las flores del jardín olían muy bien. La casa era pequeña, blanca, con las ventanas pintadas de azul, y el tejado de color tierra. A la izquierda estaba el garaje. Ruth apretó el mando eléctrico que alzaba la puerta, dejándola paralela al techo, y señaló el coche.

—Como ve —dijo secamente—, sigue aquí; eso quiere decir que John no lo ha utilizado para huir, señor Cronin.

—No he pretendido molestarla. Solamente estoy haciendo mi trabajo. Un trabajo que paga usted misma, y los demás contribuyentes. Me imagino que deben desear, que lo realice del mejor modo posible. Por otra parte, usted misma ha dicho que cualquiera puede ser capaz en un momento dado, de hacer algo deshonesto.

—Lo siento —murmuró ella.

—No se preocupe. Si en algo puedo servirla, puede comunicarse conmigo llamando al hotel *San Marcos* ¿Lo recordará?

—Sí… Sí.

—Ocasionalmente, también podría encontrarme en el *Police Department*, con el teniente Chester Blyton. Ha sido un placer conocerla, señorita Crichton.

—Creo… creo que he sido un poco… impertinente. Si quiere entrar a tomar algo…

—En otra ocasión —sonrió Neal—. A menos que lo que usted desea es que entre en su casa para convencerme de que John Gassnier no está en ella.

Ruth Crichton enrojeció intensamente.

—¿Cómo ha adivinado…?

—Cuando me invite a tomar algo, señorita Crichton, me gustaría que lo hiciese por deseos personales, que pusiera música, y encendiese dos velitas encarnadas sobre la mesita donde habría dispuesto una deliciosa cena para dos. Eso es lo que yo llamo una invitación en toda la regla.

—No tengo velitas encarnadas —murmuró ella.

—Puede comprarlas por unos pocos centavos. Aunque si se decide a invitarme, será mejor que lo piense bien; yo no soy hombre que pierda el tiempo en tonterías. Feliz fin de semana.

Neal Cronin dio media vuelta, salió del jardín, y se metió en su coche.

Cuando se alejó de allí, Ruth Crichton todavía estaba como petrificada ante la puerta de su casa.

CAPÍTULO III

El lugar era llano, sin nada a su alrededor. Situado cerca del aeropuerto Lewis, el zumbido de los aviones perturbaba de cuando en cuando la paz del lugar, que, en conjunto, resultaba agradable.

El Centro de Investigaciones se componía de tres naves unidas. La del centro era la más grande, y el agente del Gobierno se dirigió hacia ella, tras dejar el coche en el estacionamiento.

Le recibió un portero, un tal Gilbert, que tras mirar con cierto pasmo la tarjeta de identificación de Cronin, lo condujo hacia el despacho general de los científicos. Los tres estaban reunidos allí, sin duda dando por terminado el trabajo de aquella semana. Al entrar Neal, después de ser anunciado por el portero, los dos hombres se pusieron en pie, y acudieron a su encuentro. De un solo vistazo, Neal identificó a los tres científicos que quedaban del equipo de cinco. Las fotografías que le había mostrado su jefe eran perfectas.

—Señor Cronin —tendió su mano Gene Fairbanks—, esperábamos su visita, pero más temprano.

—Lo lamento —sonrió amablemente Neal—. Temo que he estado perdiendo el tiempo con algunos preliminares, para situarme mejor en el caso.

—Ah… Bueno, si ha sido por eso, no creo que haya perdido el tiempo. Le presento al profesor Strother. Ella es mi hija, Ava.

Geoffrey Strother tenía un apretón de manos cordial, fuerte. Pero Ava Fairbanks parecía a punto de desmayarse, a juzgar por la laxitud con que tendió su manita a Neal, que la encontró fría. Era muy bonita, pero ciertamente, quizá le habría convenido comer un poco más, tomar el sol, y trabajar menos.

—Encantado, señorita Fairbanks. Bueno —sonrió—, no quisiera

fastidiarles su fin de semana, de modo que…

—¿El fin de semana? —se sorprendió Gene Fairbanks—. ¿De qué está usted hablando?

Cronin parpadeó, desconcertado.

—Sí.

—¿No es viernes hoy?

—Oh… Bueno, para nosotros todos los días son iguales. No se preocupe por eso… ¿Saben… saben ya algo de John?

—No, lo siento. Pero, naturalmente, lo encontraremos.

—Sí, claro… Bien… Todo esto es muy desagradable…

—Lo es, en efecto. Entiendo que ustedes tres piensan seguir con las investigaciones.

Los tres lo miraron alarmados.

—Salvo que en Washington tengan algo que oponer —dijo Fairbanks, con voz tensa.

—Que yo sepa, no. Sólo estaba pensando que en un lugar como éste ya se debe trabajar demasiado para, encima, tener que hacerlo prescindiendo de dos colaboradores.

—Sí… Pero estamos dispuestos a todo. Llevamos demasiado tiempo en el proyecto para abandonarlo ahora por un par de… incidentes. Lo de Gassnier ha sido muy desagradable. En cuanto a Miles, estoy seguro de que él desearía que continuásemos los trabajos.

—Seguramente. Por cierto: ¿cómo van?

—¿Los trabajos? Bien… Bueno…

Neal Cronin comprendió, y sonrió.

—Estoy al corriente de la «Operación Chimpancé», profesor Fairbanks.

—Ah. Bueno, van bien… Se obtienen resultados buenos en ocasiones, otras nos sentimos un poco desalentados. Pero en general, van bien.

—Pues será algo digno de verse, eso de que un chimpancé pueda vivir bajo el agua… ¿Cuál es el… truco, si me permite la expresión?

—Es un acondicionamiento lento, después de una intervención quirúrgica en las vías respiratorias, que permite a los chimpancés asimilar el aire que contiene el agua que circula por dentro de la escafandra. Los procedimientos quirúrgicos que…

Neal Cronin alzó una mano, con cómica precipitación.

—¡Por favor…! No entendería nada. Creo que lo mejor es que ustedes sigan con su trabajo, y yo con el mío. ¿Se les ocurre algo que pueda ayudarme a encontrar a John Gassnier?

—No. Si así fuese, lo habríamos comunicado ya.

—Claro. Entiendo que el profesor Conway dirigía el grupo, y que era el encargado de la administración del dinero que les iba llegando. ¿Dónde guardaba el dinero?

Gene Fairbanks se acercó a la pared detrás de la mesa, y apartó un gran cuadro, dejando al descubierto la caja fuerte empotrada. No hacía falta que dijera nada más. Neal fue hacia allá, examinó la caja, y asintió con la cabeza.

—¿El dinero estaba aquí cuando Gassnier lo tomó?

—¿Dónde, si no? —se sorprendió Strother.

—El profesor Conway era muy cuidadoso y ordenado en todo —intervino Ava—. Cada cosa en su sitio, todo siempre ordenado. El dinero no podía tenerlo en otro sitio, según creemos todos.

—¿Tenía él la llave de esta caja?

—En efecto.

—Eso quiere decir que nadie más que él podía abrirla.

—Teóricamente, sí. Pero, señor Cronin, entre nosotros no había desconfianza alguna. Con frecuencia, cualquiera le pedía la llave al profesor Conway, cuando necesitábamos dinero, y él no tenía inconveniente alguno en prestárnosla. Veníamos aquí, tomábamos la cantidad que precisábamos, le devolvíamos la llave diciéndole cuánto habíamos retirado de la caja, y eso era todo.

—Entiendo. Y tengo también entendido que la llave de la caja no ha sido hallada en parte alguna.

—Así es. Lo cual nos está creando unos pequeños problemas de… tranquilidad. Hay otros empleados en el Centro.

—Comprendo. Pero si la llave no apareció…, ¿cómo pudieron abrir la caja?

—La encontramos abierta.

—¿Abierta quiere decir no cerrada con llave…, o con la compuerta abierta?

—Con la compuerta abierta.

—Ahora está cerrada. ¿Cómo podrán abrirla si necesitan algo que haya dentro?

—Ya no hay nada dentro. El dinero, desapareció. Los

documentos y notas de nuestras investigaciones, los retiramos nosotros, pues consideramos que ya no era un lugar seguro.

—Lo indicado —dijo Strother— sería cambiar la cerradura de esa caja. Sólo entonces volveremos a utilizarla.

Neal Cronin asintió con la cabeza, y fue a sentarse en un sillón, donde permaneció en silencio, pensativo. Durante más de un minuto, contemplado con expectación por los científicos. Por fin, alzó la cabeza, bruscamente.

—¿Podrían admitir ustedes la posibilidad de que John Gassnier hubiese sido el causante del accidente del profesor Conway? Los Fairbanks y Strother se miraron unos a otros, antes de que Gene Fairbanks musitase:

—Esa posibilidad existe, naturalmente. Pero nosotros nos preguntamos: ¿por qué?

—Precisamente: ¿no se les ocurre por qué?

—Tan sólo que quizá el dinero estaba de por medio. Es posible que John abusase de la confianza que todos teníamos en todos, y que Miles… el profesor Conway, se diese cuenta de algo.

—Yo tengo entendido que John Gassnier era un científico más bien brillante, un hombre que amaba su trabajo… ¿Les parece factible que por simple dinero pudiera cometer un asesinato? Ya no hablo del dinero, sino de posible asesinato, entiéndanlo bien… ¿Les parece posible, factible?

—¿Cómo puede saber una persona lo que piensa otra? —Gruñó Strother.

—Supongo que de ninguna manera —admitió Neal—. ¿Han comentado este asunto con alguien?

—¡Desde luego que no! —Respingó Fairbanks.

—Sigan así. Otra cosa: ¿saben si John Gassnier tenía contacto con alguna persona… extraña?

—¿Extraña? —Se pasmó Ava.

—Estoy sugiriendo la posibilidad de que alguien estuviese, quizá, comprando a John Gassnier los adelantos de ustedes en este asunto de experimentación.

—¿Espionaje científico? —exclamó Strother.

—¿Le sorprendería? —Le miró fijamente Neal.

—Pues… Bueno, no sé… ¡Demonios, creo que no me sorprendería demasiado!

—¿Tenía el señor Gassnier acceso a las notas de sus estudios generales sobre el experimento?

—Naturalmente que sí. Santo cielo…, ¡en eso no habíamos pensado! Pero…, ¿le parece a usted posible? A fin de cuentas se trata sólo de… de estudios biológicos…

—La posibilidad de crear un Ejército de hombres capaces de vivir bajo el agua no creo que fuese desdeñada por ningún país, señor Strother. No tiene por qué asombrarse. Una vez, conocí a un viejo espía, ya retirado de actividades peligrosas, pero que vivía como un rey haciendo espionaje comercial.

—¿Espionaje comercial?

—Sí. Se dedicaba a espiarlo todo. Por ejemplo, si se enteraba de que una fábrica de tejidos había descubierto una nueva fibra, robaba el procedimiento, y lo vendía a la competencia. Lo mismo hacía si un editor se disponía a lanzar una nueva revista, o si un fabricante de juguetes ideaba alguno nuevo para los niños. En cierta ocasión, ganó cincuenta mil dólares robando los dibujos de nuevos diseños para corbatas y vendiéndolos a otro fabricante.

—Naturalmente —sonrió Ava—, usted está hablando en serio, señor Cronin.

—Naturalmente. Bien, ya he visto esto… ¿Podría ver ahora eso que ustedes llaman «la piscina»? También quisiera echar un vistazo al dormitorio del profesor Conway.

—Yo misma le acompañaré adonde guste —se puso en pie Ava —. Me sentará bien dar un paseo.

—Por cierto —reflexionó Neal—, todos ustedes viven aquí, en el Centro… ¿Por qué no hacía lo mismo John Gassnier?

—Él ya vivía en San Agustín cuando esto se inició. Para nosotros, instalarnos en el Centro era lo más cómodo. Para él habría sido incómodo hacer el traslado.

—Claro. Bien, señorita Fairbanks, cuando guste… Hasta luego, señores.

Salieron los dos del despacho, y Ava lo condujo en primer lugar al dormitorio de Miles Conway. Inmediatamente, Neal comprendió que no encontraría nada interesante allí. El dormitorio no podía ser más simple y austero: una cama, un armario, dos sillones, un pequeño buró, y una mesita de noche…

—¿Qué espera usted encontrar? —preguntó Ava, con evidente

curiosidad.

—No lo, sé. Supongo que nada.

Y así fue. No encontró nada especial. Todo lo que había allí era normal y corriente. Ropas, calzado, libros, tres pipas…

—Todo está como lo encontramos —dijo Ava—. Todavía no hemos decidido qué hacer con las cosas de Miles.

—Me gustaría ver la piscina ahora —murmuró Neal.

—¿No quiere ver el resto de las instalaciones?

—Por el momento, sólo la piscina, si es tan amable.

Dos minutos más tarde, entraban en la Sala de Experimentación. No había nadie allí…, salvo el chimpancé, en el agua. Neal se acercó a la enorme pecera rectangular, y estuvo casi un minuto mirando al chimpancé agigantado por el efecto óptico, mientras el animal se movía lentamente de una rama a otra.

—Según entiendo, sobrevive solamente del aire que pueda haber en el agua que circula por dentro de la escafandra —musitó.

—Así es. Es un proceso muy complejo, pero supongo que se me autorizaría a explicárselo, señor Cronin.

—No es necesario, porque lo creo, del mismo modo que no sé cómo se hace una apendicetomía, pero creo en ella.

—Es una actitud muy razonable —sonrió la muchacha.

—¿Qué es todo eso que hay en el fondo de la piscina?

—Pues… rocas de mar, algas, pequeños crustáceos, arena… Hemos procurado que el ambiente sea lo más real y natural posible para el chimpancé: es como si estuviese en el mar.

—¿Esas rocas rojas son de coral, quizá?

Ava Fairbanks miró asombrada al agente del Gobierno.

—Por supuesto que no. Son rocas, eso es todo. El coral, aparte de que puede ser de otros colores además de rojo, no es una roca, sino colonias de… animales, cuyos restos quedan solidificados sobre una planta.

Neal Cronin se rascó la nuca.

—¿De veras?

—De veras —rió Ava.

Neal la miró, sonriente. Sí, era muy bonita, pero estaba poco menos que esquelética. Bien diferente de Ruth Crichton, por cierto.

—Quizá podríamos cenar juntos alguna noche, señorita Fairbanks —sugirió—. Me da la impresión de que ustedes no comen

como debieran, en este lugar.

—¿Y cree que eso se solucionaría con sólo una buena cena?

—Quizá con muchas cenas.

Ella volvió a reír, y señaló su bata blanca.

—Puedo cambiarme en menos de cinco minutos.

—Bueno… Precisamente esta noche no me es posible. Pero la oferta queda en pie. ¿Hay inconveniente en que suba al techo de la piscina?

—Ninguno. Y no tenga cuidado: ese cristal puede resistir el peso de un elefante.

—Me pregunto —sonrió Neal— cómo se las arreglaría un elefante para subir ahí.

Rieron los dos. Neal ascendió por la escalerilla, y se quedó mirando hacia abajo, ya sobre el cristal. Era una sensación extraña, como estar de pie sobre el agua… Abajo, el mono seguía moviéndose, lentamente. Destacaban las algas, y, de modo especial, aquellas bonitas rocas rojas…

Ava Fairbanks, que había subido tras él, señaló la trampilla de cristal.

—¿Hay algo que desee que le explique, quizá?

Neal miró el mecanismo de cierre durante unos segundos, atentamente, y movió la cabeza con gesto negativo.

—No. Entiendo bien cómo funciona esto… Sólo puede abrirse desde aquí, ¿verdad?

—Pensamos que el chimpancé es un animal inteligente, y que si colocábamos un mecanismo dentro, podría llegar a aprender a abrirlo viéndonos a nosotros hacerlo. Y si ese animal sale de ahí nos crearía toda una serie de problemas, tal como están de avanzados los estudios.

—Entiendo. Pero, al menos, podrían haber colocado alguna alarma en el interior. No sólo para el pobre animal, si algo le sucedía, sino para cualquiera de ustedes que, como el profesor Conway, se encontrase en alguna dificultad.

Ava parpadeó.

—Es una inteligente sugerencia que traspasaré a mi padre, no lo dude, señor Cronin. Por supuesto, el chimpancé podrá aprender a accionar la alarma con facilidad.

—Eso supongo… Cuando usted llegó aquí…, ¿la trampilla estaba

abierta o cerrada?

—Abierta.

—Es decir, que el accidente del profesor Conway debió ser muy rápido.

—Supongo que sí —se desconcertó la muchacha.

—Ustedes deben utilizar tubos de aire… ¿Quedaba aire en los del profesor Conway cuando usted llegó?

Ava Fairbanks frunció el ceño, en un esfuerzo por recordar con exactitud la escena que había visto.

—Sí… Sí, recuerdo que aún salían burbujas cuando yo miré dentro de la piscina.

—¿Y qué hizo usted acto seguido?

—Fui corriendo a buscar a Geoffrey y a mi padre, y ellos dos se pusieron un equipo y bajaron a buscar a Miles.

—¿Ya estaba muerto cuando lo sacaron?

—Sí… Sí.

—¿Qué hacía el chimpancé?

—¿El chim…? ¡Santo cielo, no me fijé en eso, señor Cronin!

—Sí, lo comprendo… Ha sido una pregunta tonta. Pero… se me ha ocurrido que quizá el accidente pudiese provocarlo ese animalito. ¿Le parece imposible?

Ava Fairbanks estaba atónita.

—Pu… pues… n-n-nooo… No, claro…
Pe-pero
nunca nos ha molestado cuando hemos entrado ahí… Francamente, me parece casi descabellada su sugerencia.

—En ese caso, vamos a olvidarla. ¿Le parece que bajemos? Me siento de un modo muy raro aquí arriba.

—Sí, claro…

Bajaron, y Neal volvió a quedarse ante el grueso cristal, mirando aquel bonito lugar creado artificialmente.

—Aparte de ir a visitar a la señorita Crichton… ¿se le ocurre a usted algún lugar adonde pueda haber ido Gassnier? —preguntó con la mirada fija en el chimpancé.

—No… No.

—¿Sabe si el señor Gassnier tenía más de un coche?

—¡Desde luego que no!

—Es tan extraño todo esto… ¿Cuánto ganaba Gassnier aquí?

—Dos mil dólares mensuales.

—No está mal, pero tampoco es para volverse loco gastando dinero, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Sin embargo, él gastaba últimamente más dinero del que parecía razonable. ¿Se le ocurre alguna explicación?

—No. Es decir… Bueno, quizá… estaba retirando fondos de la caja.

—Muy admisible. Pero el profesor Conway se habría dado cuenta de eso, ¿no le parece?

—Sí… Bueno, quizá fue eso lo que… Quiero decir que eso explicaría… lo sucedido, si es que podemos admitir que John… hiciese algo malo a Miles Conway.

—Eso lo explicaría todo, en efecto. Bien, señorita Fairbanks, ha sido usted muy amable. Por favor, despídame de su padre y del señor Strother —se volvió hacia el chimpancé—. Adiós, amiguito. En cuanto a usted, señorita Fairbanks, considérese invitada a cenar en cuanto me sea posible. Espero que sea pronto.

—Es usted muy amable.

—Mientras tanto, si se le ocurriese algo que decirme, por favor llámeme al hotel *San Marcos*. ¿Lo hará?

—Desde luego.

Ava Fairbanks acompañó a Neal hasta la salida, y estuvo mirándolo hasta que lo vio alejarse en su coche. Entonces, regresó al despacho, donde su padre y Strother habían permanecido… Los dos la miraron vivamente, tensa la expresión.

—¿Y el señor Cronin? —preguntó Strother.

—Se ha marchado. Me ha pedido que le despida de vosotros.

Se dejó caer en el sillón, sombría, taciturna.

—Bueno —masculló su padre—. ¿Qué ha dicho?

—Él no ha dicho nada: solamente ha estado haciendo preguntas. Todas ellas muy adecuadas, pero como sin darle importancia.

—¿Crees que sospecha algo? —Se inquietó Strother.

—No lo sé. Está investigando, eso es todo.

—Bueno —dijo Fairbanks—, que investigue lo que quiera. El señor Cronin puede ser muy inteligente, pero, por supuesto, no es un adivino.

—¿Adónde ha ido ahora? —preguntó Strother.

—No lo sé —replicó adustamente Ava—: yo tampoco soy adivina.

CAPÍTULO IV

El agente de policía que estaba vigilando el *bungalow* de John Gassnier no conocía a Neal Cronin, así que, antes de permitirle la entrada, llamó por la radio del coche al *Police Department*, para consultar con el teniente Blyton.

Conseguida la autorización, regresó ante la puerta, donde estaba Neal esperando.

—Lo siento, señor Cronin, pero al no conocerle…

—No tiene usted por qué sentir estar cumpliendo su deber. ¿Puedo entrar ya?

—Sí, señor. Si me necesita para algo…

—Le avisaría, gracias.

Neal Cronin entró en el *bungalow*, y encendió la luz, pues comenzaba a oscurecer. Ante todo, se dio una vuelta por toda la cabaña, para conocer de un modo general la vivienda de John Gassnier.

Luego, se dedicó a registrarlo todo, sistemáticamente, sin la menor prisa. Como si todo lo que tuviese que hacer en los años que le quedaban de vida fuese registrar aquella cabaña… Hasta el punto de que, bastante más tarde, el policía entró, y se quedó mirándolo un tanto desconcertado.

—¿Todo va bien, señor Cronin?

—Muy bien, gracias.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No, no.

—Si me necesita, estoy en el coche.

—Muy bien.

El policía volvió a dejarlo solo, y Neal dedicó su atención a lo que había encontrado en el canterano. Algunas facturas, postales de

unos amigos que habían estado en Sun Valley, bolígrafos, cigarrillos, estuches de cerillas de un par de restaurantes…, y un talonario de cheques.

¿John Gassnier se había marchado sin su talonario de cheques? Esto no le pareció muy razonable, pero cambió de idea cuando vio el saldo escrito en el último resguardo: John Gassnier tenía en cuenta setenta y dos dólares con cincuenta centavos, exactamente, así que no era una cantidad como para tener presente en todo momento el talonario… Sobre todo, si poco antes había matado a un hombre.

—Es absurdo —se dijo Neal—… Se puede admitir que olvidase el talonario, y que después de matar a Miles Conway preparando el accidente, viniese aquí, recogiese otras cosas de más valor o importancia para él, y escapase a toda prisa. Pero…, ¿por qué no utilizó el coche? Y todavía tiene menos sentido que si quería huir se dedicase antes a beber *whisky*, y comprase luego una botella de champaña para ir a visitar a Ruth Crichton y pedirle que se casase con él. Unas cosas no encajan con otras.

Una hora más tarde, no había encontrado nada más que pudiese ayudarle a comprender el comportamiento absurdo de John Gassnier.

Finalmente, fue a la cocina, donde, ciertamente, no se podía esperar gran cosa, pues no es un sitio grato para un hombre. Cocinar, fregar platos, limpiarlo todo… Hizo una mueca, y estaba ya en la puerta para marcharse cuando vio el frigorífico.

Miró su reloj, y frunció el ceño. ¡Con razón tenía tanto apetito! Esperando encontrar algo comestible en el frigorífico, lo abrió… No había gran cosa. Lo que más había eran latas de cerveza,
Coca-Cola,
soda, una botella de vodka, botes de conserva… Su mirada quedó fija en una lata muy bonita, redonda, esmaltada, con ciruelas de aspecto muy apetitoso mostradas en el sugestivo dibujo.

—¿Qué te parece? Ciruelas pasas…

Era uno de los bocados preferidos, aunque preferentemente cuando estaban dentro de un pavo asado. Pero, a falta del pavo, buenas serían unas cuantas ciruelas. Tomó la lata, y en seguida torció el gesto: a juzgar por el peso, estaba vacía.

—Quizá quede alguna.

Abrió la lata.

No. No había ciruelas allí dentro. Ni una sola. Lo que había era un formidable fajo de billetes de cien dólares. Se quedó mirando el dinero como si no fuese capaz de comprender su presencia en una lata de ciruelas. Luego, lo sacó, dejó la lata en su sitio, y cerró el frigorífico. Contó el dinero: diecinueve mil ochocientos dólares.

Neal Cronin se sentó en la silla de la cocina, con el dinero en las manos, perdida la mirada.

—Muy bien —dijo en voz alta—. Yo voy y robo doscientos cincuenta mil dólares; luego, y después de haber matado a una persona, me voy a beber unos *whiskies*, después, compro una botella de champaña, y me voy a ver a la nena del busto precioso, medio borracho, para pedirle que se case conmigo; me dice que no; y entonces vengo aquí, recojo mis cosas en la maleta, y me largo a pie, dejándome en el frigorífico veinte mil dólares… Conclusión: soy un imbécil.

Se metió el dinero en el bolsillo, fue al saloncito, y descolgó el auricular del teléfono. Marcó el número del *Police Department*.

—Con el teniente Blyton, por favor.

—Ah, Bien… ¿No ha dejado ningún recado para mí? Soy Neal Cronin.

—¿Tampoco sabe cuándo volverá?

—Bueno, no importa. Creo que podré comunicarme con él utilizando la radio del coche que…

—¿Ha salido en su coche particular? Vaya… Hágame un favor: si en cualquier momento puede comunicar con él, dígale que le espero en mi hotel, que es urgente que nos veamos. Eso es… Gracias.

Colgó el auricular, permaneció unos segundos pensativo, y finalmente salió de la casa. Se despidió del agente de policía, subió a su coche, y se dirigió al hotel.

Eran casi las diez de la noche cuando apareció Blyton, que entró cansinamente y fue a sentarse en el borde de la cama. Neal cerró la puerta de su cuarto, y se quedó mirándolo con amable sonrisa.

—Parece usted cansado, Chester.

—Estoy reventado. Y asqueado. Adivine adonde he tenido que ir todavía cuando ya me disponía a retirarme a descansar. Y luego, la llamada de usted… Aunque lo suyo supongo que será importante.

¿De qué se trata?

Neal abrió el cajón de la mesita de noche, tomó el fajo de billetes, y lo puso en las manos de Blyton, que se lo quedó mirando estupefacto. Por fin, masculló:

—Si es un regalo de Navidad, se ha adelantado usted mucho.

—Este dinero lo he encontrado en el *bungalow* de John Gassnier.

Chester Blyton palideció.

—Imposible… Nosotros lo registramos todo bien, y no…

—¿Miraron en el frigorífico?

—Claro. También ahí.

—Pero a usted no le gustan las ciruelas pasas, ¿verdad? Las que suelen utilizarse para rellenar los pavos.

Blyton cerró los ojos. Por su mente pasó la imagen de la lata de ciruelas dentro del frigorífico. Se mordió los labios y abrió los ojos.

—Me gusta el pavo —musitó—, pero nunca le di demasiada importancia a las ciruelas. ¡Maldita sea mi estampa!

—Tómeselo con calma —rió Neal—. Y dígame qué le sugieren estos veinte mil dólares.

—No sé… ¿Quizá deben sugerirme que Gassnier piensa volver a su *bungalow*?

—No —muy serio ahora, Neal se pasó el dedo índice por la garganta, con gesto seco y rotundo—. ¡Rssss! Se han cargado a John Gassnier.

El policía volvió a palidecer.

—¿Por qué supone eso? —jadeó.

—No lo supongo, estoy seguro. Si consideramos que todo lo que hizo John Gassnier es de imbécil, y comparamos eso con su historial de hombre inteligente, la conclusión sólo puede ser eso. Si él hubiese escapado con los doscientos cincuenta mil dólares, no se habría dejado nada menos que veinte mil en el frigorífico. Por otra parte, esos veinte mil no forman parte del lote de doscientos cincuenta mil, sino que proceden de otro tipo de… ingresos. Gassnier ya manejaba dinero en abundancia antes de que desapareciese el cuarto de millón. Yo creo que alguien le mató en su casa, y se llevó el cadáver y sus cosas, para dar la impresión de que Gassnier había huido. Y el hecho de dejar su coche allí sólo fue con el propósito de que fuese imposible seguirle la pista: se lo llevaron en otro coche. Gassnier está muerto y enterrado, Chester.

—Dios… Pero usted no sabe quién lo mató, y dónde lo enterró… ¡No me diga que sí lo sabe!

—Todavía no. Pero en el espionaje decimos…

—¿En el espionaje? —Respingó Blyton.

—En el espionaje —sonrió Neal— decimos que dos y dos son siempre cuatro, al final. Por mucho que se nos quiera hacer creer que suman cinco, al final siempre acaban sumando cuatro.

—No sé si lo comprendo bien. Quizá yo no sepa sumar, Neal.

—Todo se aprende. Además, en cuanto nuestro adversario comete un fallo, ha empezado a perder la partida. En este caso, el fallo fue no encontrar estos veinte mil dólares, que descartan toda posibilidad de que hayan sido abandonados en el frigorífico por un hombre, que, según se nos quiere hacer creer, ha robado doscientos cincuenta mil.

—Pe… pero… eso que usted dice… acusa a los demás científicos del Centro de Investigaciones.

—No necesariamente. Quizá, realmente, Gassnier robó el dinero, porque algo se le había complicado, y pensaba huir. Pero cuando llegó a su casa, lo mataron. Y eso pudieron hacerlo, quizá, cómplices del exterior, que consideraban que la supervivencia de Gassnier no les convenía.

—Menos mal… ¡Eso quiere decir que los del Centro no tienen nada que ver con esto!

—Tampoco he dicho eso —susurró Neal.

Se quedaron silenciosos los dos. Por fin, Blyton masculló:

—Bueno, ¿qué hacemos?

—Usted, vaya a dormir. Yo dedicaré esta noche a pensar. Y mañana…, algo haremos.

—Está bien. ¿Y este dinero?

—¿Va usted a su casa ahora?

—Sí.

—Guárdelo allí. Y no diga nada a nadie. ¿O vive usted solo?

—¿Sólo? ¡Je! Tengo tres hijos… ¡Y esposa, naturalmente! Que por cierto debe estar tan furiosa como siempre, esperándome. Está hasta las mismísimas narices de mi trabajo… ¡Y espera a que le diga que esta vez ha tenido la culpa un tal Gonzáles y sus chimpancés! Cuando le diga…

—¿De qué está hablando? —entornó los ojos Neal.

—De ese último encarguito que tuve que atender cuando ya me dirigía a casa. Por eso no me encontró usted cuando…

—¿Qué ocurre con ese Gonzáles y sus chimpancés?

—Un tipo más pesado que el mercurio. Hace dos días que me viene dando la lata con el robo de sus chimpancés. El tal Gonzáles tiene una especie de… pequeño circo, y está instalado cerca de la población. Hace dos días; vino a decirme que le habían robado sus chimpancés.

—¿Cuántos?

—Dos. Le dije que seguramente esos bichos se habían largado a dar un paseo, y que ya volverían. Me llamó al día siguiente, y ha vuelto a llamarme hoy. He tenido que ir a escuchar todo su rollo: que sus chimpancés lo quieren mucho, que nunca se han escapado, que se los han robado, que si tal… ¿Me imagina usted buscando unos chimpancés, Neal?

—Pues a decir verdad —sonrió Neal—, considerando su figura y su volumen, no le veo en el papel de Tarzán, Chester.

—Bueno —sonrió Blyton—, éste es el chiste del día. Algo es algo. Aunque quizá sea mejor el chiste de ayer. ¿A usted le gustan los chistes?

—Si son buenos, sí.

—Para mí, éste es bueno. Verá… Va un tipo y le dice a un amigo: «Mi médico es idiota; ¡un cretino, vamos!». El otro no parece estar de acuerdo. «Hombreee-replica. —En general, los médicos son unos tipos inteligentes. ¿Por qué crees que el tuyo es idiota?». Y el a primero, riendo burlonamente, dice: «Imagínate: yo no puedo tener hijos, y mi médico dice que mi mujer está embarazada… ¡Si será cretino! ¿Cómo habría de estar embarazada mi mujer si yo no…?».

Neal Cronin se quedó con el ceño fruncido un par de segundos. De pronto, estalló en una carcajada. Y sin dejar de reír, pasó un brazo por los hombros de Blyton y lo llevó hacia la puerta.

CAPÍTULO V

La puerta se abrió, y Ruth Crichton, ataviada con un precioso y diminuto pijama de color azul, se quedó mirando atónita a su visitante.

—Señor Cronin…

—Buenos días, señorita Crichton —el agente del Gobierno tendió el pequeño ramo de flores a la muchacha—. ¿Me permite pasar?

—Pe… pero… son apenas las diez de la mañana.

Neal miró su reloj de pulsera, y sonrió.

—La hora de fumarse un cigarrillo. Pero se me han terminado… ¿Sería tan amable de invitarme?

Todavía sin salir de su pasmo, Ruth Crichton se apartó y Neal pudo entrar en la casa. Miró a todos lados, aprobó con un gesto y de nuevo miró a Ruth.

—¿Echamos humo? —sugirió.

—¿Eh…? ¡Oh, sí! Venga…

Abandonaron el pequeño recibidor, desde el cual se veía el saloncito, para entrar en éste. Ruth abrió una cajita, y la señaló. Neal tomó un cigarrillo, lo prendió con un encendedor que tenía música, y se sentó en el sofá.

—Espero que le gusten las flores.

—Oh, sí… ¡Sí, desde luego!

—Menos mal…, porque las acabo de cortar de su jardín. Tiene un jardín muy bonito… Su pijama también me gusta.

—Ah… Bueno, me alegro —sonrió de pronto Ruth.

—Y así, con el cabello suelto, tan al natural, está usted preciosa… ¡Preciosa! Con lo cual, sigo obligado a pensar que John Gassnier no era imbécil. ¿Ha desayunado usted ya?

—Estaba en la cama, ¡claro que no he desayunado!

—Algunas personas desayunan en la cama.

—Yo no. Yo, en la cama, solamente duermo.

Neal Cronin sonrió traviesamente.

—Habrá que estimular un poco su imaginación respecto a las diversas utilidades de un confortable lecho. ¿Prepara usted el café, o lo hago yo? Es que yo tampoco he desayunado, ¿sabe?

—¿Y se ha invitado a desayunar aquí?

—Sí. Para un simple desayuno no hacen falta velitas encarnadas y todo eso. Si le parece bien, yo puedo prepararlo, mientras usted se baña y se viste. Le prometo —alzó una mano— no entrar en el cuarto de baño a menos que usted me lo pida.

—No pienso pedírselo.

—Todo llegará. Todavía no sé de nadie que llegue a enjabonarse adecuadamente la espalda.

—Tengo un cepillo que llega donde no llegan mis manos.

—Al tipo que inventó ese cepillo de baño seguramente no le gustaban las mujeres. ¿Qué acostumbra usted a desayunar… los días festivos?

—¿Por qué no me sorprende con sus habilidades culinarias, señor Cronin?

—La idea es digna de usted. No se moleste en acompañarme. —Neal se puso en pie—, encontraré la cocina, y en ella todo lo que necesite para un desayuno que usted jamás olvidará.

—De acuerdo: mi casa es suya.

—¿Con todo lo que contiene?

Ruth Crichton se quedó mirándolo, llenos sus ojos de chispitas de luz especial. Pero de pronto dio la vuelta, y abandonó el saloncito.

Quince minutos más tarde, bañada, perfumada, con los cabellos recogidos en la nuca de modo que se veía la esbeltez de su bellísimo cuello, Ruth Crichton aparecía en la cocina. Ella estaba despampanante, con su faldita azul, sus zapatos del mismo color, y el fino jersey negro sin mangas y escotado. Se quedó mirando incrédulamente a Neal Cronin y se echó a reír.

—¡Está usted precioso! —exclamó.

Neal se miró el delantal floreado que se había puesto sonrió, y encogió los hombros.

—No quería usted que me manchase el traje, ¿verdad? Usted sí que está preciosa, querida.

—Gracias —rió de nuevo Ruth—. ¿De verdad, de verdad, es usted agente del Gobierno?

—Por supuesto: del servicio de Contraespionaje.

—¿Del… del…?

—Sí. Soy lo que la gente llama vulgarmente un espía.

—¿De… de la CIA?

—No —frunció el ceño Neal—. Digamos que soy un técnico especial del servicio de inteligencia… militar.

—¡Militar! ¿Es usted un… un soldado?

—Si tiene que otorgarme alguna graduación, por favor, sea más generosa… ¿Le parece que lo dejemos en coronel?

—Usted… usted me está tomando el pelo…

Neal alzó las cejas, como sorprendido. Miró los rubios cabellos de Ruth, se acercó más a ella, y tomó sus largos cabellos recogidos, con una mano, acercándolos a su nariz.

—Son finísimos, y huelen deliciosamente… Me recuerdan… Sí, las mañanas de primavera en que mi padre y yo salíamos al campo a cazar. Olía a sol, a sol joven, se entiende… Sí, a sol joven, a tierra fresca, a flores, a cielo limpio y a silencio.

La estupefacta Ruth pudo balbucear:

—¿El sol…, el cielo…, y el silencio, huelen…?

—Para quien tiene buen olfato, sí. Por aquellos tiempos, yo era demasiado joven para pensar en estas cosas, pero ahora, todos esos olores que hay en su pelo me sugieren… deseos que supongo son de adulto. Espero que usted sea comprensiva, señorita Crichton.

Sin soltar sus cabellos, rodeó la delgada cintura con el otro brazo, atrajo a la muchacha, y la besó en los labios. Notó en su pecho el tibio contacto del de ella, tan tierno y pujante a la vez, y, efectivamente, percibió intensamente el olor a lavanda… Ella no se movía. Sus tiernos labios, frescos y llenos, parecían fundirse con los suyos…

Neal Cronin apartó a Ruth Crichton justo en el momento en que ella alzaba sus brazos. Ella se quedó con los brazos en alto, cerrados los ojos, agitado el pecho… Cuando abrió los ojos, Neal Cronin estaba a tres pasos de ella, alzando una bandeja, que le mostró.

—¿Qué le parece? Patatas asadas, con mantequilla; jamón de

York pasado por la plancha; tomates fritos revueltos con huevos, pan que por cierto debe ser de ayer o anteayer, café, y, si lo desea, jugo de naranjas. No es ninguna genialidad, pero supongo que queda demostrado que un hombre sólo puede sobrevivir en la jungla de asfalto. ¿O prefiere otra cosa?

—No —temblaron los labios de Ruth—. Está bien así…

—Menos mal. ¿Le gustan a usted los micos, señorita Crichton?

—¿Los… micos?

—Los animales en general, pero, especialmente, los micos. Más exactamente: los chimpancés.

—Bu… bueno, no sé… Supongo que sí…

—Siéntese. —Neal le apartó una silla de las colocadas junto a la mesa de la cocina, y ella se sentó, como un autómata—. Podemos ir charlando mientras desayunamos. Y permítame que le sirva. ¿O prefiere ir tomando usted lo que le venga de gusto?

—Prefiero ir tomando yo lo que me guste. Aunque me gusta todo lo que usted ha preparado.

—Eso es todo un cumplido. —Neal se quitó el delantal y se sentó delante de la muchacha—. Los chimpancés, son animales bastante inteligentes, así que el Gobierno aceptó que fuesen utilizados para cierto experimento que podría servir para que dentro de unos años, nuestras fuerzas armadas pudiera disponer de hombres… peces. John Gassnier estaba trabajando en ello, hasta que… desapareció. Mi opinión es que algún sector del espionaje extranjero está metido en esto, y, si bien el experimento en sí no tiene demasiada importancia, ya que otros científicos de otros países pueden conseguir algo parecido, hay un hecho que sí nos preocupa: el espionaje. Pensamos que todo esto puede… implicar que tenemos en casa un grupo de espías científicos. Comprenderá usted que doscientos cincuenta mil dólares preocupan a nuestro Gobierno lo mismo que a mí cinco centavos, pero…

—Ah, el espionaje es otra cosa, señorita Crichton… ¿No tiene apetito?

—¿Eh…? ¡Sí, sí!

—Magnífico. Levantarse con apetito es un síntoma de buena salud, generalmente. Como le decía, un cuarto de millón de dólares, y unos experimentos que otros países quizá están realizando, y hasta es posible que más adelantados que nosotros, no nos

preocupan demasiado. Pero, no queremos espías en casa. ¿Lo comprende?

—¿Usted… usted cree que yo, soy una espía que… que…?

Neal Cronin se había atragantado al escuchar esto. Consiguió tragar, bebió un trago de jugo de naranja, y exclamó:

—¡Santo cielo, no! Solamente le estoy pidiendo que me ayude en este trabajo.

—¿Que yo le… le ayude a usted…? ¿En qué trabajo?

—Ciertamente —reflexionó Neal, masticando jamón—, podría ir yo personalmente a interesarme por esos chimpancés que han desaparecido, pero… temo que ya estoy localizado, y por supuesto, saben quién soy aunque sólo sea aproximadamente. Eso quiere decir que si me viesen ir a ver a Gonzáles, las cosas podrían complicarse.

—¿Quién es… Gonzáles…?

* * *

—Yo soy Nemesio Gonzáles… ¿Me busca usted, señorita?

Mientras hacía la pregunta, Gonzáles observaba con curiosidad y admiración a la preciosa muchacha rubia que le estaba esperando. La cual, a su vez, contemplaba un tanto impresionada al obeso sujeto de grandes bigotes y rostro simpático.

—Así es, señor Gonzáles… No quisiera molestarle, pero… Bueno, soy periodista, y había pensado… hacerle una entrevista, para publicarla mañana en el suplemento dominical de mi periódico.

—¿Una entrevista a mí? —Se pasmó Gonzáles.

—Más exactamente, a su pequeño circo. Ese suplemento está destinado a los niños.

—Ah… ¡Oh, estupendo! ¿De verdad piensa hacer eso? ¡Bueno, me parece formidable!

—Sí —sonrió Ruth Crichton—. Yo salvo mi trabajo para este domingo, y usted tendrá una buena publicidad, completamente gratis.

—Caramba. —Gonzáles se frotó las manos—. ¡Caramba!, eso me parece muy muy bien: ¿Qué quiere usted saber? ¡Preguntè, pregunte todo lo que quiera, señorita!

—Me gustaría tomar unas cuantas fotografías… Y si no le molesta, grabaremos nuestra conversación. Es más fácil que ir

tomando notas, Al llegar a casa, lo pasó directamente a máquina, y ya puedo llevar el trabajo al periódico.

—¿Y por qué habría de molestarme eso? ¡No hay mayor ciencia en el mundo que la que nos enseña a ahorrarnos trabajo! ¡Ji, ji! Bueno… —Gonzáles vaciló un instante—. Ya ve usted que mi circo es muy pequeño. ¿Realmente cree que vale la pena…?

—Por supuesto que sí. Usted, claro, es mexicano.

—Pues no. Soy norteamericano, pero —brillaron los negros ojos de Nemesio Gonzáles—, naturalmente, de origen mexicano… ¡Viva México! ¡Y viva la madre que me parió, que ella sí nació en México!

Ruth Crichton se echó a reír, todavía un tanto nerviosa, pero casi en el límite de la tranquilidad absoluta. El encarguito de Neal Cronin la había preocupado no poco, pero la simpática actitud de Nemesio Gonzáles disipó todos sus temores.

—Podemos empezar cuando guste, señor Gonzáles.

—¿Me tomará fotografías también a mí, con mis bichos?

—Por supuesto que sí. Vamos a ir viéndolos a todos, usted me va explicando cuál es el número de cada uno, sus habilidades… Todo.

—¡Con mucho gusto! Pero… Vaya, señorita, ha venido usted en un mal día.

—Ya… ya le he dicho que si le molesto…

—¡No, no, no! Es sólo que no podrá ver usted a las «estrellas» de mi espectáculo. Me los han robado, ¿sabe?

—Perdone, pero no comprendo… —mintió Ruth.

—«Joe» y «Clarence»… ¡Ah, mis viejos y queridos amigos! —Los ojos del mexicano echaban chispas de furia—. ¡Diga eso en su periódico, dígalo…!

—Si le han robado algo, debería usted avisar a la policía…

—¡Ya lo he hecho! Finalmente, vino aquí un teniente más gordo que yo, anoche y me dijo que se iban a encargar seriamente de buscar a los ladrones. Pero…, ¿qué hago yo mientras tanto? «Joe» y «Clarence» son el alma del espectáculo, los niños lo pasan divinamente con ellos… ¡Y me los robaron!

—Bueno… Quizá se escaparon, señor Gonzáles.

—¡Y dale con eso! ¿No le digo que no? Escaparse… ¿de qué? Esos dos bichos son para mí como dos hijos, y ellos lo saben. No se ría, señorita —sonrió Gonzáles—. ¡Le estoy diciendo la verdad! Puede estar segura de que «Joe» y «Clarence» son más listos que ese

teniente que vino a verme anoche, con cara de pocos amigos… ¿Escaparse de mí? ¡Tonterías! Alguien vino aquí, los sacó de la jaula, y se los llevó. Claro, durante la noche.

—Pero usted debió oír algo…

—No. ¿Y sabe? Eso me ha hecho pensar mucho… Yo creo que los narcotizaron.

—Vamos, vamos, señor Gonzáles… ¿Cree que alguien se molestaría tanto por dos animales? ¿Para qué pueden quererlos?

—Para nada —frunció el ceño Gonzáles—, porque esos dos chimpancés sólo me obedecen a mí. Entonces, ¿qué pueden hacer con ellos, sino tenerlos encerrados en una jaula? Y para eso, no hace cochina la falta apoderarse de dos amigos de otra persona: se compran dos chimpancés, y ya está.

—Ya verá como la policía los encuentra —murmuró Ruth—. Seguramente, tenían alguna señal para poder identificarles, alguna marca. Si usted se lo dijo a la Policía…

—Pues no —parpadeó Gonzáles—. ¡Pero es porque el gordo no me lo preguntó! Voy a tener que llamarlo otra vez, para decírselo. Oiga, usted me ha dado una buena idea, ¿sabe? Sí, «Clarence» tenía un agujero en una oreja.

—¿Algún accidente…?

—¡Claro que no! Se lo hice yo, porque un día se me ocurrió disfrazarlo de pirata, y me pareció que quedaría mejor con un aro de oro en una oreja. «Clarence» se enfadó conmigo aquel día —sonrió Gonzáles—, pero no es rencoroso, no… Además, le di toda una cesta llena de plátanos. Recuerdo que…

—¿Y el otro? ¿Tenía alguna señal el otro?

—¿«Joe»? No… Es un poco más pequeño, de peor genio que «Clarence». No le hice ninguna señal… Pero es un poco bizco, ¿comprende? Muy poco, muy poco…

—Me pregunto si quizá alguien, antes del robo, le había propuesto comprarle sus chimpancés, señor Gonzáles.

—Oh, sí. ¡Mucha gente!

—¿Aquí? ¿En San Agustín?

—Ah, no. Aquí, no. La última vez fue en Nueva Orleáns. Vino a verme un tipo que…

* * *

Neal Cronin detuvo la marcha del pequeño magnetófono a pilas, lo devolvió a Ruth, y se tendió en la arena, cerrando los ojos… Ruth Crichton se quedó mirándolo fijamente, sin pestañear. Allá, tendido en la arena de la playa donde habían convenido encontrarse después de la gestión de ella, Neal Cronin la había sorprendido de nuevo. Había llegado poco después de las doce, y dejando el coche cerca de las palmeras, se había dirigido hacia donde Neal tomaba el sol, muy cerca del agua. Le había entregado el magnetófono, se había quitado la ropa quedando en bikini, y se había lanzado al mar.

Cuando volvió a sentarse a su lado, Neal estaba escuchando todavía la grabación, por lo que Ruth comprendió que era la segunda o tercera vez que lo hacía.

Y ahora, al terminar, le devolvía el magnetófono y seguía tomando el sol.

—Espero… espero haberle sido de utilidad, señor Cronin.

Neal tardó casi un minuto en reaccionar. Entonces se sentó en la arena, y asintió.

—Así es, Ruth. Espero que no le disguste almorzar sola.

—Pero habíamos quedado en almorzar juntos.

—Lo lamento. No me es posible. ¿Está segura de que no la ha seguido nadie desde el circo de Gonzáles hasta aquí?

—Creo que no, pero yo no…, no entiendo mucho de eso.

—Claro. Bueno, seguramente a veces soy demasiado desconfiado. Oiga, es precioso ese bikini.

—Pero usted se va —murmuró Ruth.

—No tengo más remedio.

—¿Y cuándo volveré a verle?

—No lo sé. Quizá cuando compre un par de velitas encarnadas.

—¿Qué… qué hago con las entradas?

—¿Qué entradas?

—El señor Gonzáles me ha regalado unas cuantas. Es un hombre muy amable y simpático. Oh, Dios mío, se va a llevar un disgusto mañana, cuando compre el periódico y no vea la entrevista con él en el suplemento dominical.

Neal Cronin frunció el ceño. Luego, señaló el magnetófono.

—Me llevaré este aparato…, y la cámara con la que ha tomado las fotografías. Se las devolveré, naturalmente.

—¿En persona?

Neal sonrió. Se puso en pie, recogió la cámara y el magnetófono, su encendedor, los cigarrillos… Comenzó a caminar hacia donde había dejado su coche, pero de pronto regresó hacia Ruth, y se acuclilló a su lado.

—¿Olvida… olvida algo…? —tartamudeó Ruth.

—Las cerillas.

—Ah. —Ruth miró hacia la arena, pero volvió a alzar la cabeza, vivamente—. ¡Usted no tenía cerillas, sino encendedor! Y lo ha recogido…

—¿De veras? Vaya… Bueno, ya que estoy aquí…

—¡Va a besarme otra vez!

—No. Sólo quería decirle que no pierda las entradas para el circo de Gonzáles.

Cuando Neal Cronin, tras vestirse rápidamente junto al coche, se alejó, Ruth Crichton estaba todavía sofocada por la rabia, y no sabía si tirarse al mar de cabeza o ponerse en pie y comenzar a gritarle a Neal Cronin lo que pensaba de él. Finalmente, todo lo que hizo fue tumbarse en la arena, y pensar:

«¡Eres un tipo odioso, Neal Cronin!».

CAPÍTULO VI

—Es usted un hombre muy amable, señor Cronin, pero… desconcertante —se mostró sorprendida Ava Fairbanks.

Neal también se mostró sorprendido.

—¿Desconcertante, señorita Fairbanks? Más bien creo ser una persona con una línea de conducta clara, bien definida. Estoy haciendo un trabajo, y voy pulsando todos los resortes que puedan ayudarme a llevarlo a feliz término.

—Sí, claro… Pero ayer le dije que esos chimpancés no son peligrosos, y usted lo aceptó. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

Neal quedó unos segundos reflexivo. Por fin, movió la cabeza con un gesto de pesar.

—Realmente, no quisiera perturbar a ese animal en su… alojamiento —miró a Gene Fairbanks y a Geoffrey Strother, que le contemplaban con gran atención, todos reunidos en el despacho del Centro de Investigaciones—. Ni mucho menos quisiera interferir en el trabajo de ustedes perjudicando sus progresos, de modo que si no consideran conveniente que entre en la piscina, no lo haré.

Gene Fairbanks movió negativamente la cabeza.

—No es eso, señor Cronin. Nosotros estamos seguros de que ese chimpancé es inofensivo, y si usted quiere comprobarlo, no tenemos el menor inconveniente en autorizarle para que le haga una… visita. Simplemente, estamos sorprendidos. Es decir, lo está Ava.

—Entonces, ¿puedo entrar en la piscina?

—Naturalmente que sí.

—Si eso puede provocar cualquier perjuicio que…

—No, no, no… Ese chimpancé es un animal sociable, bien adaptado. Y tal como están las cosas, nosotros tenemos precisamente un gran interés en que usted lo compruebe.

—De acuerdo —sonrió Neal—. Ustedes sí que son amables. ¿Puedo utilizar uno de los equipos del Centro?

—Sin la menor duda. Iremos con usted a la piscina. Es más, Geoffrey bajará con usted, pues —miró su reloj de pulsera— es hora de proceder a una de las revisiones periódicas del chimpancé.

—Buena idea —exclamó Strother, mirando también su reloj—. Quizá lo adelantamos un poco, pero así podré tomarme libre el resto del día. ¿Estás de acuerdo, Gene?

—Por supuesto, Geoffrey. Bien, vamos allá.

Se pusieron los cuatro en pie, y salieron del despacho, emparejándose Ava con Neal, sonriente la muchacha.

—Naturalmente, señor Cronin, usted ha buceado anteriormente con esa clase de equipo, supongo.

—Así es. ¿Por qué?

—Pues porque… Bueno, sería muy desagradable para todos que usted sufriese un accidente ahí dentro.

—Pierda cuidado, señorita Fairbanks. En mi juventud fui «hombre-rana» de la *U. S. Navy*.

—¿En su juventud? —rió ella—. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Más de veinte —rió también Neal.

Recorrieron el pasillo hasta llegar a la puerta más cercana a la Sala de Experimentación. Ava la abrió, mostrando el cuarto donde estaban los equipos: trajes de goma, aletas, lentes, tubos de aire, los aparatos para medir el comportamiento fisiológico de los chimpancés, tablillas para tomar anotaciones bajo el agua…

—Me gustaría utilizar el equipo que llevaba el profesor Conway cuando tuvo el accidente —dijo Neal; y se sobresaltó simpáticamente—. ¡Siempre y cuando los tubos hayan vuelto a ser llenados de aire, por supuesto!

—Lo hicimos —afirmó Strother—. Y no sólo eso, sino que fueron comprobados por mí mismo, pues soy el encargado de este material.

—En ese caso, no debo temer ningún accidente.

—Si sus condiciones físicas le permiten bucear, desde luego que no.

Neal asintió, y comenzó a desnudarse. Estaba desnudo de cintura para arriba, cuando miró a Ava, de nuevo sobresaltado. La muchacha se echó a reír, y alzó las manos.

—Esperaré afuera —señaló el pecho velludo y musculado del

agente del Gobierno—. Y por lo que se ve, no cabe duda de sus condiciones físicas, señor Cronin.

—Fachada —sonrió Neal—. Pura fachada.

Diez minutos más tarde, ayudados por Gene Fairbanks, Neal y Strother estaban equipados. Salieron al pasillo, donde Ava esperaba fumando un cigarrillo y entraron en la Sala de Experimentación. Caminaron hasta llegar ante la pared de cristal de enfrente de la puerta, y estuvieron unos segundos contemplando al chimpancé, que estaba como dormido, boca abajo, en una de las ramas, colgando blandamente sus extremidades.

—¿Le ocurre algo? —lo señaló Neal.

—No lo creo —contestó Fairbanks—. Pero pronto lo sabremos, cuando Geoffrey lo haya examinado.

—¿Qué pasaría si ese animal muriese?

—Sería incinerado.

—Quiero decir, respecto al experimento. ¿Seguirían adelante con él?

—Hasta un límite razonable, según la consigna de Washington. Bien está gastar dinero en experimentos, pero siempre que éstos vayan ofreciendo unas ciertas garantías.

—Eso quiere decir que si se les fuesen muriendo los chimpancés, el experimento sería abandonado, ¿no?

—Así es.

—¿Se les ha muerto alguno?

—Solamente dos, en más de seis meses que llevamos trabajando en la «Operación Chimpancé». Lamentable, sin duda, pero es un promedio de… defunciones aceptado por Washington.

—Entiendo. ¿Y de dónde sacan estos animales?

—Nos los envían precisamente de Washington, tras ser examinados allí, y aprobados. No podemos correr el riesgo de trabajar con animales que tengan alguna enfermedad, pues eso daría lugar a una obtención de resultados que no serían reales… ¿Está preparado?

—Sí, sí, Cuando gusten.

Subieron por la escalerilla metálica. Strother alzó la trampilla, y señaló hacia abajo.

—Procure no entrar bruscamente, señor Cronin.

Se colocaron los lentes y las boquillas de los tubos de aire. Neal

le hizo señas a Strother para que entrase en primer lugar, y luego le imitó, cuidadosamente. El chimpancé había alzado la cabeza, y, evidentemente, los estaba mirando, aunque no veían bien sus ojos, por el momento.

Strother le hizo señas a Neal para que esperase, y comenzó a nadar hacia el chimpancé, que se movió perezosamente, alejándose. Strother le siguió, nadando sin prisas, sin movimientos bruscos o precipitados. Durante un par de minutos, parecieron jugar, persiguiéndose. Finalmente, Strother asió al chimpancé de un brazo, y el animal se quedó quieto, sentado sobre una de aquellas bonitas rocas rojas.

A unos tres metros de ellos, Neal estuvo observando cómo Strother procedía a su trabajo auscultando al chimpancé con los estetoscopios que salían de la caja metálica. Strother tomó algunas notas en la tablilla, esperó un minuto, y volvió a auscultar al mono. Tomó nuevas notas, y, por fin, se volvió hacia Neal, haciéndole señas de que había terminado. Entonces se alejó del chimpancé, mirando a Neal y haciéndole nuevas señas que el agente del Gobierno interpretó: no debía excitar al animal.

Y por cierto que no eran éstos los propósitos de Neal. Se acercó al chimpancé nadando lentamente. El animal le observaba. Hizo un gesto como para rascarse la cabeza, y al no conseguirlo se miró la mano, como pensando, quizá, que no tenía mano. Neal llegó ante él, y le tendió su mano derecha, en un gesto de saludo. El chimpancé alargó la suya, y se la estrechó, sacudiéndole el brazo amistosamente. Neal se dio unos golpecitos en la cabeza con ambas manos, y el chimpancé le imitó, golpeando en su escafandra. Neal batió palmas, como si estuviese contento, y de nuevo fue imitado por el chimpancé, que inició una especie de saltos a cámara lenta, dio un par de vueltas sobre sí mismo, y se volvió a mirar a Neal, que se acercó, tendiendo de nuevo su diestra. El chimpancé la aceptó de nuevo.

Esta vez, Neal no la soltó, sino que tiró del brazo del mono, hasta conseguir que sus cuerpos quedasen muy juntos. Entonces, le soltó la mano y asió rápidamente la escafandra, acercándola a su lente monocular. De este modo, separados solamente por los cristales de la lente y de la escafandra, hombre y mono se estuvieron mirando unos segundos, a cortísima distancia, Neal sacó

la lengua, y el mono estiró sus labios y los volvió hacia arriba, mostrando toda su amarillenta dentadura.

Finalmente, Neal lo soltó, se reunió con Strother, que se había acercado a ellos, al parecer preocupado, y ambos nadaron hacia la trampilla.

Segundos después estaban arriba. Strother cerró rápidamente la trampilla, pues el chimpancé les había seguido. Luego, escupió la boquilla, y alzó su lente.

—Parece que lo estaba pasando bien con usted —sonrió.

—Es un animal simpático —sonrió también Neal—. Decididamente habrá que descartar la posibilidad de que atacase en alguna forma al profesor Conway. A menos que éste tratase mal al chimpancé.

—¿Miles? Todo lo contrario, señor Cronin: era el que mejor se entendía con él. Por eso, a pesar de ser mayor que yo, todos preferíamos que el trabajo aquí adentro lo hiciese él.

—Eso tiene sentido. Bien, creo que tendré que seguir buscando a John Gassnier, y dar por terminado este asunto… en lo que se refiere al mono. O fue Gassnier quien provocó la muerte de Miles Conway, o, simplemente, fue en realidad un accidente. ¿Bajamos?

—Tiene usted gran habilidad para tratar a los animales, señor Cronin —le sonrió Ava, cuando llegaron abajo.

—Eso parece. Pero con las personas tampoco me va mal… Y hablando de esto, señorita Fairbanks, si no recuerdo mal le debo una invitación.

—En efecto —casi rió ella.

—Bueno… Una chica tan linda como usted debe tener seguramente algún compromiso para esta noche, pero si no fuese así…

—¿Le parece bien a las siete? —rió ya francamente la muchacha.

—Estupendo. Tengo tiempo de volver al hotel y vestirme de modo adecuado. A las siete en punto pasaré a recogerla.

—Muy bien.

—Ah, una última cosa, profesor Fairbanks —miró Neal al padre de Ava—: ¿había hecho el profesor Conway algún comentario sobre la falta de dinero en la caja, últimamente? Se entiende que estoy hablando de antes de que desapareciesen los doscientos cincuenta mil dólares.

—No… Al menos, conmigo no habló de eso. ¿Ava?

—Tampoco, conmigo.

—Ni conmigo —aseguró Strother—. ¿Por qué lo pregunta?

—He hecho algunas investigaciones sobre John Gassnier, y he sabido que hacía unas semanas que gastaba más dinero del que parecía razonable en un hombre con sus ingresos. Se podría pensar que estaba retirando pequeñas cantidades de la caja fuerte, y que, finalmente, el profesor Conway se dio cuenta de ello, le pidió explicaciones… ¿Les parece posible?

Los Fairbanks y Strother cambiaron miradas de consulta, con cierto disgusto.

—¿Por qué no? —refunfuñó por fin Gene Fairbanks—. Teniendo en cuenta las sospechas de usted, todo puede parecemos posible.

—Claro. Bien, seguiremos pensando sobre ello. Hemos dicho a las siete, ¿no es así, señorita Fairbanks?

—En punto —volvió a reír ella.

* * *

—Llegaré a tiempo, no se preocupe —masculló el teniente Blyton, haciéndose cargo del paquete que Neal le había entregado.

—Más le vale, pues si no lo hace, perderá mi amistad, Chester.

—Eso sería terrible —sonrió el policía, miró de arriba a abajo a Neal, y frunció el ceño—. ¿Puedo saber adónde va, tan elegante?

—Yo siempre estoy elegante.

Chester Blyton se rascó la coronilla, un tanto perplejo.

—Pues ahora que lo dice…, sí, es verdad. Quiero decir que siempre viste del modo adecuado. Lo cual hace pensar que es usted un tipo mucho más serio de lo que es en realidad.

—¿No le parezco serio? —Frunció el ceño Neal.

—Hombre, sí —respingó Blyton—. Lo que quería decir es que es simpático.

—¿Y los tipos elegantes no pueden ser simpáticos?

Blyton soltó un resoplido.

—Bueno, ¿puedo o no puedo saber adónde va?

—A cenar. Con una encantadora muchacha, naturalmente.

—Y eso que no hace ni cuarenta y ocho horas que llegó a San Agustín. Apuesto a que se lleva a la más linda de todas.

—Bueno, no hay que exagerar, Chester. Pero admito que no está

nada mal.

—De acuerdo, de acuerdo, estoy loco de curiosidad… ¿Quién es ella?

—Un teniente de policía tan listo como usted, debería haberlo adivinado ya —sonrió Neal.

—Mmmm… Oh, claro… ¡Demonios, claro! ¡Está citado usted con la superbombón señorita Ruth Crichton! ¿A qué sí?

Neal palmeó un hombro del policía.

—Cuando yo digo que es usted un lince…

* * *

Finalmente, Neal Cronin consiguió recuperarse de su pasmo.

—¿Sabe una cosa, Ava? ¡A partir de ahora voy a detestar las batas blancas con toda mi alma!

—¿Por qué dice eso? —rió Ava Fairbanks.

El agente del Gobierno volvió a mirarla detenidamente, y, aunque su impresión de que era demasiado delgada persistía, tuvo que admitir que el aspecto de Ava había cambiado notablemente, Llevaba un vestido de noche azul oscuro, de escote bajísimo y recto, de modo que el vestido pendía de los hombros sólo por medio de dos finísimos tirantes que parecían de cristal. Se había peinado recogiendo el cabello, y se había maquillado magistralmente. Su piel era fina, brillante. Y había como miles de chispitas de luz en los ojos de la muchacha. Todo habría sido perfecto si Neal no hubiese pensado que a él no le gustaba notar bajo la piel las clavículas de las chicas.

—Usted sabe perfectamente por qué lo digo. Está bellísima.

—Pero no puedo estar trabajando aquí vestida así, Neal.

—Sí… Sería llamativo en verdad. Oh, lo olvidaba —tendió la cajita de celofán con la flor—, espero que le gusten las orquídeas. A mí, esto de regalar una orquídea a la chica que ha aceptado nuestra invitación, me recuerdan las películas de *gangsters* de Edward G. Robinson, pero parece que no traer una flor indica tacañería o desatención hacia la chica.

—Tiene usted unas ocurrencias muy simpáticas —rió Gene Fairbanks—. Y no sabe cuánto le agradezco que haya invitado a Ava, señor Cronin. A veces pienso que esta vida de investigación no es adecuada para ella.

—¿Por qué no? —Alzó las cejas Neal—. Todo es adecuado, señor Fairbanks: el secreto está en no pasarse, en hacer las cosas con la justa medida. Bien está trabajar, pero ¡caramba!, solamente cuando no tengamos deseos de hacer otra cosa más agradable.

Incluso Strother, que estaba algo enfurruñado, se echó a reír.

—Tengo que admitir —dijo— que Ava lo pasará mejor con usted que conmigo. La he invitado a salir algunas veces, pero fueron otros tantos fracasos. Me parece que yo no soy precisamente lo que llaman un hombre de mundo…, como usted.

—¿Y si nos fuésemos ya? —propuso Ava—. Si seguimos charlando aquí, acabaremos por pedir que nos traigan unos cuantos bocadillos al Centro, y yo me perderé una estupenda noche con Neal.

Rieron los cuatro. Neal abrió la puerta del despacho, cediendo el paso a Ava. Salió tras ella, le ofreció el brazo, y caminaron hacia la salida. No se veía a nadie. En el Centro de Investigaciones había muy pocos empleados, pero, lógicamente, incluso esos pocos gustaban de descansar los fines de semana.

A las siete y diez minutos de la tarde, Neal Cronin y Ava Fairbanks abandonaban el Centro de Investigaciones, en el coche del primero, que estaba verdaderamente impecable con su esmoquin de chaqueta blanca.

—¿Tiene ya pensado adónde vamos, Neal?

—Por supuesto que sí. Pero es una sorpresa.

—Oh… ¡Me encantan las sorpresas!

—En ese caso, no haga más preguntas, y ya verá cómo tiene una muy considerable.

—De acuerdo —rió dulcemente Ava.

Fue, realmente, una considerable sorpresa. Una sorpresa paulatina, pues Ava Fairbanks comenzó a mirar extrañada a Neal cuando éste enfiló una de las carreteras que conducían hacia el interior, evidentemente alejándose de cualquier lugar de los que normalmente pueden considerarse agradables y divertidos.

Para cuando Neal detuvo el coche, la sorpresa ya había sido asimilada por la muchacha. Miró con gesto apacible al agente del Gobierno, que había parado el motor. El silencio era absoluto… Todo lo absoluto que puede serlo en un lugar solitario, al que habían llegado tras abandonar la carretera y viajar por un camino

de tierra húmeda. Estaban rodeados de vegetación. El sol, rojizo ya, se filtraba como en un estallido de luz por entre la densa vegetación, y parecía fuego en lo alto de las palmeras…

—Bueno —suspiró Ava—. ¡Ha sido toda una sorpresa, realmente!

—¿Desagradable? —La miró él, sonriente.

—Pues… no sé. A mí, este… aislamiento me sugiere una situación íntima, que quizá no esté a la altura de la categoría que le suponía, Neal.

—En suma —frunció el ceño Neal—, no le gusta.

—¿Por qué no? —Ava sonrió dulcísimamente—. Todas las cosas empiezan siempre de un modo u otro, Neal. Si a ti te ha parecido agradable iniciar lo nuestro así y en este lugar…

Ava se volvió hacia él, y le rodeó el cuello con sus finos bracitos un tanto escuálidos. Cerró los ojos…, y entreabrió los labios magistralmente maquillados, temblando en un suspiro. Estuvo así unos segundos. Finalmente, los abrió, y miró sorprendida a Neal, que sonrió amablemente.

—Me estás clavando tu clavícula izquierda —dijo.

Ava parpadeó velozmente. Luego, se mordió los labios, antes de musitar, con voz temblorosa:

—No es muy amable lo que dices, Neal. Cuando un hombre quiere besar a una mujer…

—Yo no quiero besarte, Ava.

—Yo a ti, sí.

Y lo besó. Se apretó más contra él, mientras le besaba en los labios, que le parecieron de roca. Sin embargo, Ava Fairbanks continuó el beso hasta que se quedó sin aliento. Lo recuperó con un suspiro al separarse, y luego deslizó una manita bajo la chaqueta de él, acariciando el duro pectoral masculino…

—No llevo pistola —susurró Neal.

—Qué tonterías dices —volvió a suspirar ella—. Neal, ¿eres lo que suele llamarse… un hombre duro, con las mujeres?

—Por el contrario, Ava. Acostumbro ser educado, amable…, incluso galante. Yo diría que hasta delicado.

—Yo preferiría que en esta ocasión, fueses… apasionado.

—Si me apasiono va a ser peor para ti, porque empezaría a darte bofetadas. De modo que vamos a tomarnos las cosas con calma. Por

mi parte, prefiero seguir siendo galante —encendió un cigarrillo, parsimoniosamente, y tras expeler el humo mientras parecía reflexionar, la miró fijamente—. En cuanto a ti, decide lo que te conviene. Primera pregunta: ¿dónde está John Gassnier?

Ava Fairbanks se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¡Pero Neal…! ¿Cómo quieres que yo sepa eso? Si lo sup…

¡Plaf!

La bofetada con la zurda propinada por Neal Cronin tiró a Ava contra la portezuela de su lado, donde rebotó duramente. Sus ojos se llenaron de lágrimas, su visión se nubló. Cuando pudo ver de nuevo a Neal, éste seguía mirándola fijamente, impasible, con el cigarrillo colgando de los labios.

—¿Dónde está John Gassnier? Perfeccionaré mi pregunta: ¿dónde lo habéis enterrado?

—¡Estás loco! ¡Lo que dices…!

¡Plaf!

Nueva escalofriante bofetada, nuevo rebote…

—Vamos, Ava, vamos… Me estás obligando a ser descortés. ¿No comprendes que mi actitud indica que sé lo suficiente? Veamos. El pobre Gassnier no ha escapado con el dinero, ya que sería estúpido fugarse con doscientos cincuenta mil dólares y dejarse veinte mil en el frigorífico. Segundo punto: no sólo él, sino cualquiera de vosotros pudo asesinar a Miles Conway simulando un accidente; seguramente dejasteis casi vacíos sus tubos de aire, pero inyectasteis algún gas que lo aturdió, coincidiendo esto con el agotamiento del aire en los tubos, así que se ahogó, en efecto. Tercer punto: el chimpancé que tenéis en la piscina actualmente se llama «Clarence», y es propiedad de un simpático sujeto llamado Gonzáles, que lo describió lo bastante bien para que yo no haya dudado lo más mínimo al ver el orificio en la oreja de ese pobre animal. Cuarto punto, anexo al tercero: la presencia de «Clarence» en la piscina significa que antes que él estuvo «Joe», otro amiguito de Gonzáles, cuyas características de identificación era un ligero estrabismo; pero, evidentemente, tanto «Joe» como los demás monos que habéis estado utilizando, han muerto. Quinto punto: para no confesar el fracaso de la «Operación Chimpancé», os dedicáis a robar estos animales o conseguirlos por otro medio cualquiera, a fin de que en Washington no sepan nada. Y llegamos

así al momento en que decidisteis eliminar a Miles Conway, que quizá estaba dispuesto por fin a admitir el fracaso de la «Operación Chimpancé», como jefe de ésta. Lo que no comprendo es qué necesidad teníais de eliminar también a John Gassnier…, a menos que éste supiese la verdad, y… Oh, ¿será posible que lo comprenda en este instante? John Gassnier os estaba haciendo chantaje, lo cual explicaría su súbita prosperidad, y la posesión de veinte mil dólares en el frigorífico. Y para liquidar todo este enojoso estado de cosas, matasteis a Conway y arreglasteis las cosas de modo que todo acusase a Gassnier, con lo que os libráis del peligro de que Conway dijese la verdad a Washington, del chantaje de Gassnier, y además os quedáis los doscientos cincuenta mil dólares últimamente enviados por el Gobierno. ¿Teoría aceptada?

—No es una teoría —sonrió Ava—, es una descripción exacta de la realidad, Neal. Te felicito.

—Gracias. Y ahora…

—Te has metido en un lío de un modo estúpido —movió la cabeza Ava—. Hubiese sido mejor para ti que me hubieses llevado a cenar y a bailar un rato. De este modo, yo habría quedado tranquila, y nada sucedería. Pero, por desgracia para ti, nuestros temores de que sabías ya demasiado se han cumplido. Hacías demasiadas preguntas que apuntaban en esa dirección. Y luego, tu gran interés por examinar el chimpancé que tenemos actualmente en la piscina… Lo siento por ti, Neal.

—¿Lo sientes por mí? —Alzó las cejas Neal—. Bueno, eres una chica con gran presencia de ánimo, Ava. Yo, en tu lugar…

La portezuela del lado de Neal se abrió de pronto, y éste volvió vivamente la cabeza, a tiempo todavía de ver erguirse al hombre que la había abierto, tras llegar hasta allí inclinado. Pero, no sólo vio al hombre, sino la pistola con silenciador que éste empuñaba, y que apuntaba firmísimamente a su cabeza.

—Salga —dijo el hombre.

Neal se lo quedó mirando, sopesando rápidamente sus posibilidades si le atacaba. Pero sus posibilidades, que ya eran pocas, se redujeron notablemente cuando junto al primer hombre apareció otro, igualmente armado.

El agente del Gobierno volvió la cabeza hacia la sonriente Ava Fairbanks, y él también sonrió.

—La primera regla que aprendí fue saber perder: felicidades, Ava.

—¡Tan bien que estaríamos ahora cenando, Neal…! —se lamentó ella—. Por favor, no hagas esperar a estos caballeros.

Neal Cronin salió del coche, y, obedeciendo la orden dada con un gesto por uno de los sujetos, se colocó de espaldas a ellos, separando los pies del coche y apoyando en éste las manos. El cacheo fue perfecto y veloz.

Luego, todavía en tan inestable postura, Neal Cronin recibió en plena cabeza el tremendo golpe propinado con una pistola. Fue como si le estallase la cabeza, que se llenó de puntos luminosos. Cayó de rodillas, casi de bruces. Apoyó las manos en el suelo, notando en una mejilla la pulida superficie de la plancha del coche, fría. Intentó ponerse en pie, pero recibió un espantoso punterazo en el hígado, que lo alzó, haciéndole describir un breve salto para caer al suelo finalmente, lívido como un cadáver, desencajado el rostro, vueltos los ojos hacia dentro…

CAPÍTULO VII

Susan Blyton se removió en la cama, abrió los ojos, y los cerró rápidamente para protegerlos de la luz.

—¿Qué pasa? —murmuró.

—Duerme —oyó la voz de su marido—. No pasa nada, querida.

Susan estuvo inmóvil unos segundos, situándose mentalmente. Por fin, creyó comprenderlo todo; como siempre, algo había sucedido, y acababan de llamar a Chester por teléfono desde el Departamento. De lo cual estaba más que harta.

Se sentó en la cama, y consiguió abrir los ojos. Miró hacia Chester, y lo vio sentado en el borde de la cama, de espaldas a ella. El teléfono estaba sobre la mesita, con el auricular en el soporte, Y, ahora que pensaba, no lo había oído sonar, como otras veces.

—Chester, ¿qué pasa? —insistió.

El teniente Blyton, enorme dentro de su pijama de un delicioso azul celeste, volvió la cabeza.

—No puedo dormir —dijo.

—Oh, no —gimió Susan—. ¡Otra vez, no!

—Mujer —sonrió el policía—, no se trata de eso.

—Pues es una lástima —sonrió la rolliza y rozagante señora Blyton—. A decir verdad, no me molestaría demasiado. ¡Para una noche que consigo tenerte conmigo en la cama!

—No seas exagerada. Si las cosas fuesen como tú dices, no habríamos podido tener tres hijos.

—Quizá pronto tengamos el cuarto —dijo ella.

—Santo cielo, ¡no! —Palideció Blyton—. ¡Eso no es posible!

—¿Cómo que no es posible? —Lo miró maliciosamente ella.

—Estás bromeando, supongo… Y hazme un favor: ponte el camisón, o la cosa se va a complicar de nuevo. Como ves, ya me he

puesto el pijama, así que, fin por esta noche.

—Decepcionante —suspiró Susan; recogió el camisón de sobre la cama, y se lo puso—. ¿Qué hora es?

—La una menos veinte.

—¿La…? ¿Qué tienes en las manos?

—El receptor de señales que me puso Neal Cronin en el paquete.

—¿Qué paquete?

—Ya te lo expliqué. El que contenía la cámara con las fotos que la señorita Crichton tomó en el circo de ese maldito Gonzáles, el magnetófono… ¿No lo recuerdas?

—Sí, sí.

—También estaba este receptor de señales… Pero ahora no funciona.

—¿Se ha estropeado?

—No. Supongo que sólo significa que Neal ha salido del alcance del receptor.

—Explícame eso.

—Cuando vi dentro del paquete el receptor, comprendí que era para mí. Lo puse en marcha, y capté la señal… ¿Ves esta aguja? Si Neal estuviese cerca, no sólo se movería la aguja, sino que señalaría la posición de Neal. Antes lo hacía. Ahora, no reacciona. Esto es, que Neal está fuera del alcance del receptor.

—¿Y para qué te dio este aparato?

—No lo sé. Supongo que él lleva encima un emisor, y que quería que yo pudiese localizarlo en un momento dado. Por eso estoy preocupado, porque ahora no podría encontrarlo. Y también estoy preocupado porque me gustaría saber por qué me lo dio.

—Duerme —aconsejó Susan—. Mañana puedes preguntárselo.

—Quizá le ha ocurrido algo.

—Oh, vamos, Chester. Seguramente, él está durmiendo, tan tranquilo, mientras tú me estás fastidiando una noche que empezó tan maravillosamente. ¿Quieres que vuelva a quitarme el camisón y…?

—Voy a llamar a Neal —frunció el ceño Blyton.

—¿A la una de la madrugada? Bueno, luego no te quejes si pierdes su amistad.

Chester Blyton estuvo unos segundos pensativo, con la mirada fija en el receptor de señales. Por supuesto, Neal Cronin había

estado llevando encima un emisor, y el aparato había funcionado hasta el momento en que él dejó de sentir interés por él para dedicarlo todo a su esposa.

De pronto, Blyton descolgó el auricular. Marcó un número.

—Soy el teniente Blyton. Póngame con el señor Cronin, por favor.

—¿Está seguro? Llame, quizá usted no lo haya visto llegar.

—Bien, bien… De acuerdo. Gracias.

Colgó, y miró a su esposa, que se había sentado en la cama, y lo miraba expectante.

—Quizá todavía esté por ahí con su conquista —dijo Susan.

Chester Blyton se puso en pie, fue hacia el colgador, y del bolsillo de la chaqueta sacó su libreta de notas. Volvió a sentarse en la cama, buscó un número en la libreta, y accionó de nuevo el disco del teléfono. Durante casi un minuto, incluso Susan estuvo oyendo el repiqueteo de llamada al otro aparato. Por fin, el timbre dejó de sonar.

—¿…?

—¿Señorita Crichton? Soy el teniente Blyton, ¿me recuerda?

—…

—Bien. Bueno, perdone que la moleste a esta hora pero… ¿Sabe usted dónde está el señor Cronin?

—¡…!

—Sí, bueno, ya… No es que haya querido insinuar… Es que él no está en su hotel, y como me dijo que iba a cenar con usted…

—¡…!

—¿No? Pero él me dijo… ¿No ha cenado con usted?

—Lo… lo siento. Perdone, yo entendí… Perdone, señorita Crichton. Buenas noches.

De nuevo colgó Blyton el auricular. Cuando miró a su esposa, ésta comenzaba a sentir verdadero interés por el asunto.

—¿No ha cenado con la señorita Crichton? —preguntó—. Tú dijiste que…

—Me parece que se burló un poco de mí —mascullló Blyton. Fui yo quien «adivinó» que iba a cenar con ella, y él dijo que yo era un lince… ¡Maldita sea mi estampa! Pero no comprendo esto… Si me dio este aparato, ¿por qué tenía que engañarme en lo otro? ¡Un momento! Simplemente, la chica con la que iba a cenar no era la

señorita Crichton, pero seguro que iba a cenar con alguna encantadora criatura. Iba de esmoquin, muy elegante… Y hay otra chica relacionada con esto. La voy a llamar.

—Te vas a hacer impopular.

Chester Blyton estaba ya marcando otro número.

—¿…?

—¿Centro de Investigaciones? Por favor, póngame con la señorita Fairbanks. Sé la hora que es. ¿Es usted el vigilante nocturno?

—Bien. Pues yo soy el teniente Blyton, del *Police Department*, Póngame con la señorita Fairbanks.

De nuevo unos segundos de espera. Casi medio minuto. La esposa del policía se había sentado ya junto a él, y oía con más claridad que antes el repiqueteo del teléfono.

—¿…?

—Señorita Fairbanks, soy el teniente Blyton. Perdone que la llame a semejante hora, pero… Bien, el caso es que tengo necesidad de localizar al señor Cronin, y no está en su hotel. He pensado que puesto que usted cenó con él, quizá le dijo…

—¿…?

—¿No? ¿No cenó usted con él?

—Vaya… Lo siento. Bueno, él me dijo que iba a cenar con usted… Bueno, no con usted, no. Dijo que iba a cenar con una chica encantadora, y he pensado…

—¿Con otra? Bueno, a decir verdad ya he llamado a la señorita Crichton, y ella ha dicho que no. Y no se me ocurre ninguna más, pues no creo que el señor Cronin haya dispuesto de tiempo para conocer a más chichas, aparte de usted y de la señorita Crichton…

—Sí, entiendo. Bien, perdone…

—¿…?

—Oh, ya he llamado al hotel, naturalmente, pero no está allí. Aunque quizá ese tonto empleado nocturno… Me parece que iré a asegurarme de que no está en el hotel. Gracias, señorita Fairbanks. Y perdón de nuevo.

Colgó, se puso en pie, y fue de huevo hacia el colgador. Su esposa le miraba con el ceño fruncido.

—No me digas que vas a salir ahora —refunfuño.

—A mí, Neal Cronin me resultó simpático desde el primer

momento —susurró Blyton—. Así que, ciertamente, querida, voy a salir. Tú quédate tranquilamente en la cama.

* * *

Ruth Crichton se sentó en la cama bruscamente, con el corazón latiéndole a toda velocidad.

«Oh, no —pensó—. ¡Otra vez, no!».

Pero esta vez no era el teléfono, sino el timbre de la puerta. Sí, A menos que estuviese soñando, alguien estaba llamando a la puerta.

Se puso la bata, y recorrió rápidamente la casa. Llegó a la puerta, encendió el farolillo del porche, y miró por el visor. Se quedó estupefacta, pero sólo un instante. Inmediatamente, abrió, y se apartó, cediendo el paso.

—Señorita Fairbanks —casi tartamudeó—. ¿Qué pasa?

Ava Fairbanks, que evidentemente se había vestido a toda prisa, señaló hacia el exterior.

—He venido con mi coche inmediatamente después de hablar con el teniente Blyton. ¿Realmente Neal no está aquí?

Una expresión de rebeldía apareció en los ojos de Ruth.

—¿Qué trata usted decir? —preguntó altivamente.

—Vamos, querida —sonrió Ava—. ¿Sería tan extraordinario que usted tuviese… visita?

—Lo extraordinario, señorita Fairbanks, es que usted se crea con derecho a venir a mi casa a preguntármelo. Si eso es todo lo que quería, buenas noches.

—No se lo tome así —sonrió apaciguadoramente Ava—. Sólo estoy preocupada por Neal, eso es todo. ¿De verdad no está aquí?

—¡Claro que no! Si estuviese aquí, ¿por qué tendría que negarlo?

Ava se pasó las manos por la cara, en un gesto preocupado.

—Lo siento… Creo que no me he portado… adecuadamente. No me encuentro muy bien. ¿Puede darme algo de beber?

—Sí… Sí, claro. Venga a la salita.

Ruth señaló hacia la salita, y comenzó a caminar hacia allí.

Solamente dio un par de pasos… Al tercero, recibió en la parte posterior de la cabeza el golpe que le propinó Ava Fairbanks con la piedra que sacó de debajo de sus ropas. Emitió un gemido, pareció tropezar, la pierna adelantada llegó al suelo, se flexionó, y Ruth

rodó por el suelo, sin sentido.

Ava regresó junto a la puerta, apagó la luz del farolillo del porche, y abrió. A los pocos segundos, entraban su padre y Strother en la casa, nerviosos, mirando a todos lados… Vieron a Ruth en el suelo, y Strother corrió a acuclillarse junto a ella. Vio la mancha de sangre que empezaba a empapar los rubios cabellos de la muchacha, palideció, y le tomó el pulso.

—Está viva —jadeó.

—De prisa, de prisa —instó Gene Fairbanks—. ¡Hay que prepararlo todo rápidamente, antes de que a ese policía se le ocurra venir por aquí!

* * *

Chester Blyton alzó la mirada, para fijarla en los ojos de su compañero, el sargento Carpenter, que se había plantado ante el sillón en el que se había dejado caer su superior minutos antes.

—Lo siento, Chester; confirmado. La chica se ha marchado. El coche no está en el garaje, faltan sus maletas y la mayor parte de sus ropas… Todo indica una marcha precipitada.

Chester Blyton asintió con un gesto. Luego, bajó la mirada hacia el receptor que le había entregado Neal Cronin, sin mencionarlo… Lo accionó una vez más, pero el aparato no recibía señal alguna.

Volvió a mirar a Carpenter.

—¿Qué te sugiere esto? —murmuró.

—Que su emisor es de escasa potencia. Por lo tanto, muy pequeño… Teniendo en cuenta lo qué me has dicho de Neal Cronin, cabe pensar que él esté acostumbrado a utilizar esta clase de aparatitos… Por lo general, el emisor funciona simplemente con calor; basta el propio del cuerpo.

Se quedaron mirándose, un poco pálido Blyton.

—Eso podría significar que Cronin quizá esté cerca de nosotros, pero que… que su cuerpo ya no tenga calor para activar el emisor que posiblemente se tragó.

El sargento Carpenter desvió la mirada.

—También puede ser que esté fuera de la zona de percepción del receptor, Chester.

—Sí, si… Pero puede que haya muerto, ¿verdad?

Carpenter no contestó. Durante unos segundos los dos

permanecieron en silencio. Por fin, Blyton se puso en pie, guardándose el pequeño receptor en un bolsillo.

—Vámonos —dijo—. Nada podemos hacer aquí.

Salieron de la casa de Ruth Crichton, ambos mohínos, sombríos… La cosa no podía estar más clara, a juicio de Chester Blyton: Ruth Crichton tenía algo que ver con todo aquello. Desde el principio, naturalmente. Había jugado bien su papel de muchacha inocente, pero ya había terminado la comedia. Sin duda, había estado sonsacando a John Gassnier sobre los trabajos en el Centro de Investigaciones, hasta que Gassnier se había revelado por algo. Entonces, ella y sus cómplices habían matado a Gassnier, y habían llevado el coche de éste a su *bungalow*, limitándose acto seguido a hacer desaparecer el cadáver. En cuanto al dinero, los doscientos cincuenta mil dólares, era más que posible que Gassnier los hubiese robado para ella, pero que, finalmente, al no obtener lo que esperaba de Ruth Crichton, se había puesto terco, y habían tenido que matarlo. Lo único que quedaba por saber era si la muerte de Miles Conway había sido accidental realmente o provocada por Gassnier siguiendo las órdenes de Ruth Crichton…

¿O quizá Miles Conway había tenido también participación en el asunto, y por eso le había matado Gassnier? Y… ¿de dónde había sacado Gassnier los veinte mil dólares que Neal Cronin había encontrado en el frigorífico? ¿Se los había entregado Conway, en principio, quizá porque era Conway el traidor que obedecía a Ruth Crichton y…?

Junto al coche, Chester Blyton comenzó a rascarse la cabeza. No entendía nada de nada, tenía que admitirlo. Lo único que sí estaba claro para él era que, con su llamada, había alarmado a Ruth Crichton, la cual sí debía haber estado con Neal y, como a Gassnier, quizá lo había matado, o puesto en manos de sus cómplices. Luego, puesto que él había llamado preguntándole por Neal, había comprendido que volvería a insistir cerca de ella, y había preferido desaparecer, como lo probaba la ausencia de su coche, de sus cosas…

—¿Qué estás pensando? —preguntó Carpenter.

Blyton miró a su compañero, mientras volvía a rascarse la cabeza.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Claro.

—Pues… ni yo mismo sé lo que estoy pensando. Ésta es la verdad.

—Quizá deberías llamar ahora mismo a Washington, informando de la desaparición de Neal Cronin, para que desde allá envíen personal más adecuado que nosotros para esta clase de investigaciones.

—Sí… Seguramente, en Washington hay compañeros de Neal que llevarían esto mejor que nosotros. Pero… todavía no he jugado mi última carta, Lew. Vamos al Departamento.

—¿Vamos a seguir trabajando? Son las tres y media de la madrugada…

—Una hora muy agradable para mí; al menos, no hace el calor suficiente para provocarme el sudor. Vamos al Departamento.

Carpenter encogió los hombros, fue a sentarse ante el volante, y puso en marcha el motor del coche.

CAPÍTULO VIII

Oyó el rumor del motor, y sólo tuvo que escuchar unos segundos para comprender.

«De nuevo el helicóptero», pensó.

Seguramente, era el mismo con el que le habían transportado a él al lugar donde se encontraba. Al recobrar el conocimiento, había percibido en primer lugar, precisamente, el rumor del motor de un helicóptero, y había tardado pocos segundos en saber que él estaba en el helicóptero. Había querido moverse, y sólo había conseguido saber que estaba sólidamente atado de pies y manos. Luego, había visto ante él, en la azulada oscuridad salpicada de estrellas, las siluetas de dos hombres, sentados en el asiento delantero del helicóptero. Uno de ellos había vuelto la cabeza, y debía estar mirándole, pero no hizo comentario alguno.

Poco después, desde el helicóptero lo habían arrojado al vacío… Un vacío brevísimo. Su caída fue de poco más de un metro. El helicóptero se había vuelto a marchar, mientras él miraba a su alrededor. Estaba en la cubierta de un yate. Un tipo alto y fuerte se lo había cargado en un hombro, como si fuese un fardo, y finalmente, lo había tirado indelicadamente sobre el piso de uno de los camarotes de aquel yate.

Y ahora, bastante más tarde, el helicóptero regresaba. No tenía una idea muy clara de la hora que era, pero calculó que alrededor de las dos de la madrugada. ¿Quién debía llegar en aquel helicóptero ahora?

Lo supo muy poco después, cuando de nuevo oía el helicóptero alejándose; la puerta del camarote se abrió, y entró aquel tipo alto y fuerte, encendió la luz, y tiró al suelo al nuevo «invitado» del yate. Luego, mientras Neal Cronin contemplaba a Ruth Crichton sin

expresión alguna en su rostro, aquel tipo alto y fuerte se acercó a él, y examinó sus ligaduras, cuyo estado parecieron satisfacerle. Y tenía motivos para ello, pues Neal había estado intentando en vano librarse de ellas, con lo que tan sólo había conseguido despellejarse las muñecas.

El sujeto debió comprenderlo así, porque emitió una risita, se irguió, y fue hacia la puerta del camarote. Apagó la luz y salió… Neal oyó el sonido de la cerradura.

Volvió a mirar a Ruth, sobre la cual caía el círculo de luz plateada que penetraba por la portilla circular del camarote, que daba directamente al mar, seguramente. Debido a esta luz, el rostro de la muchacha parecía aún más pálido que cuando la había visto a la luz eléctrica, al tirarla aquel tipo al suelo.

—Ruth —llamó suavemente—. Señorita Crichton… ¡Ruth!

Silencio.

Ruth Crichton no se movía… ¿Quizá estaba muerta?

Se acercó a ella, arrastrándose como pudo, más bien reptando y rodando… Llegó junto a la muchacha, que yacía boca arriba, y se las arregló para colocar su cabeza, de lado, sobre el pecho de ella.

No. No estaba muerta. Oyó perfectamente el acompasado latir del corazón, y se tranquilizó. Aunque…, ¿por qué se tranquilizaba? Para él, su destino estaba bien claro: si le habían llevado a aquel yate era, ciertamente, porque querían conservarlo con vida, pero…, ¿durante cuánto tiempo? Conocía el sistema: le harían unas cuantas preguntas, y cuando se sintiesen satisfechos…, o disgustados con él si no contestaba, lo matarían… Así de simple. Y por supuesto, no iban a dejar que Ruth regresase a pasar modelitos a *Gray's*.

La pregunta era: ¿acaso Ruth Crichton tenía algo que ver con todo aquello?

Si así era, desde luego que no estaba de parte de aquella gente; más bien, por lo que fuese, la muchacha les molestaba, y habían decidido eliminarla… ¿Qué podía saber Ruth Crichton?

—Ruth —insistió—. ¡Ruth!

Consiguió quedar sentado junto a la muchacha, y permaneció observándola, en silencio, sin insistir más. Ella llevaba solamente una bata ligerita, y aquel pijama tan encantador. En cambio, él

vestía de esmoquin…

Una torcida sonrisita apareció en los labios de Neal: bueno, a fin de cuentas, los dos vestían de «noche». Aunque habrían causado no poca sensación si se hubiesen presentado en una sala de fiestas, por ejemplo, él con esmoquin y ella en pijama… Era muy bonita. Tenía un perfil gracioso. Su boquita estaba entreabierta, y veía brillar la parte interna del labio inferior. ¡Qué cabellera tan larga y bonita…! Se extendía por el piso alrededor de la cabeza de Ruth, como formando una aureola de plata.

La bata estaba por completo abierta, y el pijama, poco menos. Frunció el ceño. Bueno, aparte de que en su situación todo aquello no tenía importancia, conocía ya muy bien la configuración anatómica de la muchacha. En su mente apareció la imagen de ella, contemplándose críticamente al espejo del tocador de su camerino. ¿Por qué se habría estado mirando con cierto disgusto? A juicio de él, todo lo que se veía era perfecto, encantador, delicioso…

Ruth Crichton todavía tardó más de media hora en despertar.

La vio abrir los ojos, y la estuvo contemplando mientras ella, luego, parpadeaba, mirando hacia el techo, sin comprender nada, por supuesto.

—Estamos prisioneros —dijo Neal.

Ella volvió la cabeza. En seguida, emitió un gemido, y cerró de nuevo los ojos. Pero musitó:

—¿Señor Cronin?

—Neal, para los amigos —intentó sonreír él—. Y me parece que debo admitirla a usted en ese grupo, Ruth. ¿Cómo se encuentra?

—No sé… Mal. Me duele la cabeza… ¡Ella me golpeó!

—¿Ava Fairbanks?

—Sí… ¿Cómo lo sabe?

—Sería un poco largo de contar, Ruth. Y tenemos mejores cosas que hacer. Colóquese boca abajo. ¿Puede hacerlo?

—¿Para qué?

—Voy a intentar soltarla utilizando los dientes. Y luego me soltará usted a mí.

—¿Quiere decir que estoy atada?

—Más o menos, como un fardo. Igual que yo.

—Pero…, ¿qué está pasando?

—El tiempo. Y cuanto más tiempo pase, peor para nosotros.

Colóquese boca abajo.

—¿Nos… van a… a matar?

—¡Qué va…! Todo esto es una broma.

Ruth Crichton estuvo unos segundos mirándole, muy abiertos los ojos, que Neal veía cada vez mejor. De pronto, la muchacha giró, quedando boca abajo. Neal se dejó caer de lado sobre su espalda, y luego de bruces sobre sus manos, notando en los labios la aspereza de las cuerdas. No iba a ser fácil, pero… había que intentarlo.

Comenzó a dar tirones. Y en seguida comprendió que podría lograrlo…, si disponía del tiempo suficiente. Tan sólo con que consiguiese soltar a Ruth, podrían…

No lo consiguió. Mientras tiraba de las fuertes cuerdas comenzó a oír un leve rumor, que fue acercándose. Una lancha. Una de esas lanchas capaces de alcanzar una velocidad superior a los cuarenta nudos. Finalmente, dejó de oírla. Para entonces, sabía que quienquiera que viajase en aquella lancha se dirigía precisamente al yate.

No hacía ni dos minutos que la lancha se había detenido junto al yate, y estaba ya a punto de conseguir soltar las manos de Ruth, cuando oyó ruido ante la puerta del camarote, y acto seguido el sonido en la cerradura. Inmediatamente, giró, alejándose de Ruth, indicándole, con voz tensa:

—Colóquese como estaba, y simule estar desvanecida todavía.

La muchacha no tuvo tiempo más que de girar; cuando abría la boca para preguntar, la puerta se abrió, y la luz se encendió. Desde el umbral, el sujeto alto y fuerte se quedó mirando a Neal, que parpadeaba, deslumbrado.

Lo señaló.

—Ahí lo tienen.

—Asegúrate de que continúa atado, Norbeck.

El sujeto alto y fuerte entró, examinó las ligaduras de Neal, y asintió.

—No hay cuidado —dijo—. Pueden entrar.

Neal Cronin ya no parpadeaba cuando entraron los dos hombres en el camarote. Uno de ellos debía tener algo más de cincuenta años; buena estatura, ancho de hombros, pero de abdomen quizá excesivamente desarrollado; sus ojos eran de un gris muy claro, parecidos a los de un gato; su expresión, sus facciones, duras e

inexpresivas, hicieron comprender a Neal que las cosas se le presentaban muy mal… En cuanto al otro hombre, que debía tener alrededor de treinta años, le gustó todavía menos que el de más edad: delgado, fibroso, cabellos rojos y ojos verdes, mirada glacial, movimientos felinos… Tenía ante él a dos profesionales del espionaje, sin la menor duda.

El hombre de más edad se plantó ante él, miró con indiferencia a Ruth, que tenía los ojos cerrados, y, tras esbozar una sonrisita que hizo comprender a Neal que no lo estaban engañando, volvió a mirarlo a él.

—Señor Cronin, usted debería estar ya muerto, pero, como habrá comprendido, antes de eliminarlo queremos hacerle unas preguntas.

—¿Qué preguntas? —musitó Neal.

El hombre miró alrededor, vio el blanco taburete, y lo acercó. Se sentó.

—Dígame exactamente por qué le enviaron a usted desde Washington a San Agustín.

—¿Exactamente? No comprendo… Creo que está bien claro que fue por el asunto de la «Operación Chimpancé», señor… señor…

—Puede llamarme York —sonrió irónicamente el hombre—. Y a mi compañero, Haven. A Norbeck ya le conoce. Y si quiere, le presento a todos los hombres que tenemos en el yate en estos momentos.

—¿Me serviría de algo saber sus nombres?

—No.

—Entonces, ¿por qué no me dice usted su verdadero nombre, señor York?

—Usted sabe muy bien, señor Cronin, que en nuestra profesión eso es siempre una tontería.

—¿Qué profesión?

—La de espía, naturalmente.

—Yo no soy un espía.

El hombre llamado York alzó las cejas, en gesto amable.

—¿Contraespía, entonces?

—De acuerdo —masculló Neal—. ¿Para qué perder el tiempo en tonterías?

—Muy agradecido. A decir verdad. —York miró a su reloj de

pulsera—, nuestro tiempo es oro. Nos ha obligado usted a hacer un largo viaje en lancha desde… desde un lugar, y nosotros queremos estar de vuelta a ese lugar antes de que amanezca. Por lo tanto, abreviemos… ¿Quiere contestar a mi pregunta, por favor?

—Ya he contestado —se sorprendió Neal—, me enviaron para atender los incidentes relacionados con la «Operación Chimpancé», de la cual ha oído usted hablar, supongo.

York hizo un gesto despectivo con la mano.

—Seguramente, sé más cosas que usted sobre la «Operación Chimpancé». Y sobre otras muchas cuestiones. Mire, señor Cronin, yo no puedo creerle.

—¿No me cree? —se sorprendió de nuevo Neal—. ¿Por qué? ¿Qué otro asunto, sino el de los chimpancés, ha podido traerme a San Agustín?

—Eso es lo que me gustaría que usted me dijese.

La mente de Neal Cronin comenzó a funcionar igual que una computadora que acabase de ser alimentada con nuevos datos. ¿Otro asunto aparte de la «Operación Chimpancé»? Sí, fue igual que si su mente fuese una computadora que acabase de recibir una interesantísima información.

—¿Acaso hay otros asuntos, aparte del que nos ocupa? —Miró con amable sonrisa a York.

York y Haven cambiaron una mirada. Luego, ambos se quedaron mirando indecisos a Neal Cronin.

—Nos deja usted sumidos en un mar de dudas, señor Cronin.

—Pues lo siento, pero no sé de qué están hablando ustedes, señor York.

—Con su actitud, no sabemos si realmente no sabe nada, o si sabe algo y quiere hacernos creer que no sabe nada. O quizá al revés, que no sabe nada, pero quiere hacernos creer que sabe algo, con el fin de tirarnos de la lengua y entonces sí saber algo realmente.

Neal Cronin sonrió de nuevo, pero al mismo tiempo sentía un profundo escalofrío, porque York parecía haber penetrado en su mente, adivinando sus intenciones: tirarles de la lengua simulando que no quería hablar él sobre lo mucho que sabía…, cuando la realidad era que no sabía nada de nada. Pero empezaba a comprender.

—Lamento provocar en ustedes esta incertidumbre —dijo—, pero, realmente, ¿qué podría saber yo sobre otros asuntos más o menos parecidos a la «Operación Chimpancé»?

Fue un auténtico disparo al azar, pero, por la brevísima crispación en los labios de York, comprendió que había dado en el blanco. York estuvo mirándole fríamente unos segundos. De pronto, se puso en pie, hizo una seña a Haven, y ambos fueron a un rincón del camarote, donde estuvieron cuchicheando alrededor de un minuto. Haven acabó por encoger los hombros y asentir. Luego, salió del camarote, mientras York volvía a sentarse frente a Neal Cronin.

—Le voy a hacer una oferta, señor Cronin. Como usted bien sabe, no tenemos más remedio que matarle… Ahora bien, su muerte puede ser rápida e indolora, o… espantosa. ¿Cuál prefiere?

—¿No habría otro modo de arreglar esta situación?

—No, lo siento. Evidentemente, usted está al corriente de las actividades de espionaje de los Fairbanks y Geoffrey Strother en nuestro favor, y sólo con eso, ya no podemos permitirle seguir viviendo.

—Pero aún hay más, ¿verdad?

—Sí. Puesto que, de un modo u otro, usted y su soñolienta amiga, la señorita Crichton —dirigió una irónica mirada a Ruth—, van a morir, no se puede decir que yo peque de ingenuo explayándome en esta conversación. Jamás podrán repetirla a nadie. Entonces, creo que debo orientar las cosas de modo que todos salgamos beneficiados… en lo posible. Ustedes, muriendo rápidamente, sin dolor. Yo, obteniendo una información que puede resultarme útil para tomar determinaciones sobre el personal que trabaja para mí.

—Entiendo —musitó Neal.

—Ah… ¿De veras? ¿Finalmente ha comprendido?

—Creo que sí. Usted está recibiendo información científica de Estados Unidos, no sólo de los Fairbanks y Strother sobre la «Operación Chimpancé», sino de otras personas, que deben estar realizando trabajos parecidos en mi país.

—¿Ve usted, señor Cronin? Tratar con profesionales siempre resulta agradable. ¿Por qué insultarnos, y golpearnos o torturarnos, y todas esas tonterías de las películas? Tenemos una mente

inteligente, y sabemos usarla. Además, somos civilizados, y por tanto, resolvemos las cuestiones sin violencia, con buenos modales…, hasta donde es posible. Bien… En efecto, mi… célula de espionaje científico, es muy importante, semanalmente, recibo información sobre muchos de los estudios que en su país realizan hombres como Fairbanks, Strother, Conway… Y otra clase de estudios y proyectos, entre los cuales, está todo nuevo diseño de vehículos bélicos, armamento, perfeccionamientos de toda clase… Digamos que es un espionaje pacífico. ¿No cree?

—Si lo entiendo bien, hay en mi país muchos científicos que le facilitan a usted información sobre todos los logros de las investigaciones norteamericanas.

—Lo ha entendido perfectamente. Ya ve, es una célula muy importante, de gran envergadura. De cuando en cuando, surgen hombres como Miles Conway, a los que, desde el principio, sabemos que no podemos sobornar. Pero, por fortuna, hay muchos más como Fairbanks, que por dinero, se venden sin la menor vacilación. Nuestro sistema es muy simple: utilizamos el capital norteamericano para obtener información científica. Por ejemplo, la «Operación Chimpancé», que lleva ya gastados dos millones de dólares, a nosotros nos está costando, hasta ahora, poco más de trescientos mil. En otras palabras: gracias a hombres como Fairbanks y Strother, nosotros estamos al corriente de todos los estudios científicos de su país…, o casi todos, por una cantidad muy inferior a la que resultaría si nosotros mismos pagásemos esas investigaciones. Ahora, lo que yo quiero saber, es hasta dónde está enterado su servicio de todo esto. ¿Sospecha algo? Y si es así…, ¿de quién concretamente?

—No lo sé.

York le miraba con una frialdad muy profesional. Parecía estar pensando en sus siguientes palabras cuando, en la puerta del camarote, reapareció Haven, seguido de otros dos hombres, tan altos y fuertes como Norbeck. Los tres entraron, en silencio, y se quedaron mirando a Neal, esperando.

—¿No lo sabe, señor Cronin? Veamos: sus palabras, ¿quieren decir que usted no lo sabe porque no hay nada que saber, o que su servicio sospecha de alguno de los científicos que trabajan para nosotros, pero que usted no sabe cuáles son esos científicos?

—No lo sé.

—Comprenda usted, señor Cronin, que si alguno de esos hombres ha despertado sospechas, yo no me acercaré más a él. Tengo que saberlo, para no comprometerme... Podrían estar sospechando de alguno de mis colaboradores, y esperando que haga contacto con alguien... Y como ese contacto seria conmigo, no me gustaría caer en tan vieja trampa. Sea razonable: ¿qué sabe, y de quién, su servicio?

—No lo sé.

York se pasó la mano por la boca. Miró a Neal, luego a su compañero Haven, de nuevo a Neal... Movió la cabeza con gesto de pesar y señaló a Neal.

—Tenemos un poco de tiempo —dijo—, empezad con él. Mientras tanto, voy a ver si puedo comunicar personalmente con el submarino, ya que estoy aquí. Tú ven conmigo, Norbeck.

—Sí señor.

Salieron los dos del camarote. Haven y los otros dos hombres se acercaron a Neal, y lo rodearon. El contraespía norteamericano se pasó la lengua por los labios..., y así estaba cuando recibió el primer puntapié, en los riñones. Lanzó un alarido, y cayó de bruces.

Ruth abrió los ojos.

—¡Neal! —gritó.

Neal estaba recibiendo en ese momento otro puntapié, ahora en el costado izquierdo. Expulsó todo el aire, giró, y fue a quedar delante de los pies de Haven, que disparó el derecho, acertándole en plena barbilla.

—¡Neal! —gritaba Ruth—. ¡Díselo, díselo...!

Neal estaba ahora tendido cara al techo del camarote, con los ojos abiertos, pero sólo veía sombras. Sentía tal dolor en los riñones que no podía moverse. Era horrible, espantoso. En realidad, le dolía todo, pero los riñones... Era como si los tuviese metidos en una prensa. Su boca estaba abierta con gesto de angustia, y de ella brotaban sonidos ininteligibles.

—Sentadlo —dijo Haven—. Quizá quiere contestar ahora.

Lo sentaron, en el suelo, apoyando su espalda en la pared del camarote, bajo la portilla. Haven se acuclilló ante él.

—¿Quiere decirnos algo, señor Cronin?

—No... lo... sé...

Haven movió la cabeza de aquel modo característico en él. Se irguió, y de pronto propinó a Neal un puntapié en el estómago. Neal puso los ojos en blanco, quedó lívido, y cayó hacia delante. Eso fue todo.

—Quizá lo ha matado —dijo uno de los otros.

—No. Está vivo… Vamos a dejarlo descansar un rato. No mucho… Todo depende del contacto con el submarino. ¿Está todo preparado para trasladarlo a él?

—Sí, sí. En el camarote contiguo… A mí me parece que este tipo es muy duro de pelar: no tendremos tiempo de obligarle a hablar antes de que aparezca el submarino.

Haven dirigió una fría mirada a Ruth, que parecía hipnotizada contemplando a Neal Cronin, tan lívida como él.

—Creo que hay un medio. Vamos a ver cómo está el asunto del contacto.

Salieron los tres, tras apagar la luz.

Durante unos segundos, Ruth Crichton permaneció inmóvil, sin ver nada. Poco a poco, sus ojos volvieron a acostumbrarse a la claridad lunar que entraba por la portilla. Comenzó a arrastrarse hacia Neal.

—Neal —gimió—. ¡Neal!

Estaba tan aterrada, le parecía todo tan irreal, que precisamente esa irrealidad de lo que estaba ocurriendo le impedía desmayarse de miedo.

—¡Neal!

Silencio.

Como antes hiciera Neal, se tendió sobre su espalda, y comenzó a dar tirones a las cuerdas con los dientes. ¡Si pudiera soltarlo antes de que aquellos horribles hombres volvieran…!

CAPÍTULO IX

York cortó la comunicación con el submarino, y se apartó de la radio.

—Los tendremos aquí en diez minutos, aproximadamente. No te muevas de junto a la radio, Norbeck: harán la última llamada antes de emerger, para recibir la contraseña de que todo va bien.

—Sí, señor —asintió Norbeck.

—Nosotros volvamos con Cronin —dijo York—. Tenemos…

—Se me ha ocurrido algo que puede convencerlo mejor que unos cuantos golpes —le interrumpió Haven—. Podemos sacar a la chica del camarote, y llevarla al de enfrente. La vamos a obligar a chillar de tal modo que Cronin nos dirá todo lo que sepa.

—Eso podemos hacerlo en el camarote en que están.

—Es mejor que no vea nada, que… imagine lo que podemos estar haciéndole a la muchacha.

—Buena idea —aprobó York—. Ve a cambiar de camarote a la muchacha, Stork. Y nosotros, será mejor que comencemos a subir a cubierta el material de esta vez. Hay otro chimpancé, ¿no es así?

—Sí señor —dijo Stork.

—No me gusta esto. Ya van cinco, y sin resultados. Gene Fairbanks los escamotea del Centro de Investigaciones y nos los entrega para la autopsia, mientras hace creer a Washington que siempre es el mismo mono y que todo va bien… Pero lo cierto es que ni él, ni nosotros con autopsias, estamos consiguiendo nada.

—Para mí —dijo Haven—, esta «Operación Chimpancé» es un fracaso.

—Ya se verá. Además, no todo van a ser éxitos. Estamos disfrutando de los estudios científicos de Estados Unidos por unos pocos centavos, comparativamente hablando, así que vaya una cosa

por la otra. ¿Cuántas cajas hay esta vez, Stork?

—Hemos reunido todo el material que nos han ido trayendo en seis cajas. Y luego, está el ataúd del mono ése.

—Bien. Manos a la obra. ¿Tienes la llave?

—Claro.

Fueron hacia el pasillo. Stork abrió la puerta del camarote donde tenían el material, y encendió la luz. Entraron los cuatro. Efectivamente, había seis cajas de buen tamaño, a un lado. Y en el centro del camarote, sobre una mesita, una urna de cristal; como un pequeño ataúd, dentro del cual había un chimpancé muerto, boca arriba… York se acercó, y estuvo unos segundos mirando al animal. Acabó por encoger los hombros, y miró hacia las cajas.

—Doytt, tú y yo las subiremos —dijo, mirando a Haven—. Ayúdanos a cargarlas, Stork. Tendremos que hacer dos viajes…, y el tiempo va pasando. De prisa, vamos…

Stork les ayudó a cargar las cajas sobre los hombros, y fue con ellos hasta la escalerilla que llevaba a cubierta, para asegurarse de que cada uno no podría con su carga. Convencido de esto, regresó al camarote donde estaba el material, pero, puesto que tan escasos de tiempo estaban, decidió aprovecharlo mejor que esperando. Salió de aquel camarote, fue al que ocupaban los prisioneros, abrió la puerta, y metió el brazo, en busca del interruptor…

Algo tiró de su brazo, haciéndole entrar en el camarote violentamente.

Y ni siquiera tuvo tiempo de gritar, porque todavía estaba entrando en el camarote cuando recibió en plena sien izquierda el tremendo puñetazo. Murió en el acto, y su cabeza rebotó con fuerza sobre el hombro derecho, cayó sobre el izquierdo, se abatió hacia delante. Como todo su cuerpo, que Neal Cronin pudo sujetar, acompañándolo hacia el suelo, de modo que apenas produjo ruido.

Inmediatamente, Neal palpó aquel cuerpo, localizando en el acto la pistola. La empuñó, y volvió la cabeza hacia el interior del camarote.

—Vamos —susurró—. Podemos escondernos en otro camarote y correr hacia arriba cuando los otros vengan aquí, a éste. Si conseguimos saltar a la lancha, estaremos salvados.

La mano de Ruth, helada, encontró la suya. Neal la apretó, y salió al pasillo. Estaba blanco como las paredes del camarote, y sus

piernas parecían de goma. Sin embargo, respondieron perfectamente al esfuerzo que exigió de ellas cuando, al oír las pisadas que resonaban en los peldaños de madera, apretó el paso, empujó la puerta del siguiente camarote, y entró en él. La luz estaba encendida, así que vio en seguida aquel ataúd de cristal de pequeño tamaño, con el mono dentro. La sorpresa le duró muy poco; tiró de la mano de Ruth, y cerró la puerta.

—Ssssttt… Cuando yo te diga, hay que correr hacia cubierta. Y no te detengas por nada. Descálzate, correrás mejor sin zapatillas.

Se colocaron ambos pegados a la puerta, escuchando los pasos que ya resonaban en el pasillo. Neal estaba tan convencido de que aquellos hombres irían al otro camarote, que respingó cuando comprendió que no era así. Al mismo tiempo, la puerta era empujada. Los golpeó a los dos, y rebotó. Ruth lanzó un gemido de miedo. Afuera se oyó la voz de York:

—¿Qué pasa?

Neal Cronin no vaciló en lo más mínimo, disparó tres veces a través de la puerta, a toda prisa, mientras tiraba de la mano de Ruth, derribándola, cayendo ambos al suelo. Afuera se habían oído gritos de dolor, y por lo menos el ruido de un cuerpo al caer al suelo. Neal y Ruth se pusieron en pie tras rodar por el suelo. En ese mismo instante, la puerta se abría, y aparecía Haven…, con los ojos muy abiertos, la boca crispada y con un chorretón de sangre en la comisura derecha.

Neal comprendió que Haven ya estaba muerto cuando le había disparado de nuevo. El cadáver vibró, mientras seguía su trayectoria de bruces hacia el suelo. Y por encima de aquel cuerpo que caía, Neal Cronin vio el rostro demudado de York.

¡*Pack*!, disparó de nuevo el agente del Gobierno.

La cabeza de York estallo de un modo horrendo, al acertarle la bala en lo alto de la frente. Y al desaparecer York de allí, dejó visible, sentado en el pasillo, con la espalda apoyada en la pared de enfrente, a Doytt, que tenía las manos crispadas en el vientre, del que brotaba la sangre a borbotones, empujando la camisa. Era una imagen terrible, alucinante. La mandíbula inferior de Doytt colgaba, como desarticulada, el hombre no podía estar más estupefacto, no comprendía nada de nada.

Pero, casi al mismo tiempo que Neal lo veía, él veía a Neal.

Doytt parpadeó, y súbitamente, en su rostro apareció una expresión de furia. Metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó la pistola…

¡*Pack*!, restalló el nuevo disparo efectuado por Neal.

Ruth, que estaba abrazada a su cintura, volvió la cabeza, y la apoyó en su pecho, no queriendo ver nada, estremecida de sollozos.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Neal, con voz aguda—. ¡Vamos! ¡No tenemos tiempo para histerismos!

La apartó, la asió de la mano, y tiró de ella, hacia el pasillo. Al principio de éste estaba la escalerilla. Pero, entre la escalerilla y ellos podía surgir en cualquier momento el hombre que quedaba, el llamado Norbeck, que quizá estaba escondido en el *living-yacht*. Si así era, la situación era mala, pero no desesperada, ya que era uno contra uno. En esas condiciones…

Neal Cronin lanzó una fea imprecación cuando, de pronto, el rugir del motor de la lancha llegó hasta allí. Soltó a Ruth, y corrió por el pasillo, subió a toda velocidad la escalera hasta la cubierta, y corrió hacia la borda, por estribor. Lo primero que vio fue la gran raya de blanca espuma. En seguida, en la punta, la lancha, alejándose a creciente velocidad.

Alzó la pistola, y disparó, disparó, disparó…

A unos sesenta metros ya, la lancha se convirtió de pronto en una bola de fuego al saltar por el aire, lanzando salpicaduras de combustible ardiendo en todas direcciones. Fue como un gigantesco cohete de fuegos artificiales: la noche se llenó de luz roja, muy viva, repartida como en miles de lucecitas más, que continuaron ardiendo por poco tiempo después de haber caído al agua, igual que los restos de la lancha, que fueron desapareciendo.

—Dios mío…

Neal se volvió, y atrajo a Ruth hacia su pecho, con un brazo. Mientras ella seguía sollozando, miró alrededor. Mar. Solamente mar. Muy lejos le pareció distinguir una pequeña zona iluminada, como un resplandor. ¿Podía ser Miami?

—Neal, Neal…

—Cálmate. Será mejor que vayamos abajo, para asegurarnos de que todo está bien… para nosotros. ¿O prefieres quedarte aquí? Volveré en seguida, y pondré en marcha el yate hacia aquella luz. Quizá sea Miami. Pero sea lo que sea, iremos hacia allá. ¿Te quedas aquí?

—No… ¡No! ¡Oh, Dios mío, esto es… es…!

—Yo estoy tan impresionado como tú. Pero hay que conservar la serenidad. Vamos abajo.

Descendieron la escalerilla, todavía Neal con ciertas precauciones. Pero no: ya no quedaba a bordo nadie más con vida. Dejó a Ruth sentada en el diván corrido del saloncito, y fue hacia el pasillo. Pasó por encima del cadáver de York, luego del de Haven, y entró en el camarote donde estaba el chimpancé. Miró las tres cajas que quedaban allí, vaciló, y se acercó a la mesita donde estaba la urna con el simio muerto. Efectivamente. No lo había soñado, allá, sobre la mesita, junto al ataúd de cristal, había un gran sobre abultado. Lo abrió, y se quedó mirando las anotaciones hechas en la gran cantidad de papeles.

De pronto, lanzó una exclamación, y salió corriendo del camarote.

—¡Ruth! —Llegó gritando al saloncito—. ¡Los tengo! ¡Los tengo a todos!

—¿Qué… qué…?

—¡Estos papeles tienen escritos los informes sobre los estudios científicos que están realizando todos aquellos que trabajaban para York! Sólo tengo que llevarlos a Washington, y allá, una vez sepan qué informes son, sabrán de quiénes proceden. ¡Los tengo a todos! ¡A todos esos traidores que…!

De alguna parte llegó un zumbido, tenue. Neal miró a todos lados, vivamente. El zumbido se repitió. La mirada del agente del Gobierno quedó fija en uno de los armaritos del *living-yacht.* Se acercó a él, y abrió las dos pequeñas puertas, tras las cuales estaba escuchando el zumbido de llamada de la radio que apareció. Se quedó mirándola, mordiéndose los labios. La radio seguía zumbando, llamando, mientras Neal examinaba velozmente la instalación.

De pronto, movió la clavija de admisión.

Pero no se oyó nada. Pasaron varios segundos, y, finalmente, se aventuró:

—Adelante —dijo.

Silencio al otro lado.

—Adelante —insistió Neal—. Soy Norbeck.

La comunicación fue cortada en el acto.

Neal se quedó contemplando la radio. Súbitamente, lanzó un grito, y se volvió hacia Ruth.

—¡Corre! ¡Tenemos que saltar al agua!

—¡Pero…!

—¡Corre!

Ruth echó a correr hacia la escalerilla, mientras Neal miraba alrededor, en busca de un plástico. No pareció encontrar lo que buscaba, así que corrió hacia el camarote donde estaba el chimpancé, y salió con el ataúd en brazos. Llegó al saloncito, metió dentro del ataúd los documentos encontrados, y se aseguró de que el cierre del ataúd era hermético. Lo era. Tenía que serlo, porque de otro modo, el repugnante hedor que había percibido al abrirlo habría inundado todo el yate. Cargó de nuevo con el ataúd de cristal, y se lanzó escalerilla arriba Ruth le estaba esperando allí, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces todavía aquí? ¡Al agua!

Corrió hacia la borda, tiró el ataúd al mar, se volvió hacia Ruth, y frunció el ceño.

—¡He dicho que al agua! —aulló.

La ayudó a colocar en la borda, esperó a que Ruth saltase, y lo hizo él, hacia donde había tirado el ataúd con el chimpancé, y con los documentos que tenía que conservar a toda costa. Olerían mal, pero…

Ruth estaba nadando hacia él. Llegó a su lado, y Neal no pudo evitar una sonrisa al ver sus ojos tan abiertos.

—Tenemos que nadar hacia la luz.

—No… no llegaremos jamás… En cambio, con el yate…

Ni siquiera dos minutos más tarde, cuando estaban a poco más de cien metros del yate, Ruth Crichton comprendió que con éste no habrían llegado a ninguna parte, de pronto, estalló, saltando por los aires, no reventado, sino pulverizado, convertido en puro serrín, tras la tremenda llamarada, que iluminó los rostros de Ruth y Neal, vueltos hacia allí. El rostro de Ruth se veía rojo al breve resplandor, pero Neal comprendió que estaba palidísima.

—Un «pequeño» torpedo —explicó—. Y ojalá todo termine aquí. Si los de ese submarino llegan a sospechar que hemos saltado…

—¿Nos… nos dispararán otro… otro tor… torpedo…?

—No. Saldrán a la superficie, y nos ametrallarán.

—Pero… pero si los del yate eran amigos suyos, ¿por qué ha…?

—Los del yate, sí. Pero los del submarino han comprendido que algo había cambiado en la situación del yate. Seguramente, esperaban una contraseña, que yo no conocía. No te molestes en nadar, por el momento, si nos van a buscar, ¿para qué cansarnos?

No los buscaron.

Y diez minutos más tarde, estaban nadando hacia aquella lejana luz.

* * *

A la que seguramente, jamás habrían llegado por sus propios medios.

Pero casi una hora más tarde, cuando comenzaba a amanecer, apareció el helicóptero, volando por encima de ellos. Dio una vuelta, y luego descendió verticalmente. Una escalara de cuerda pendió del aparato, y luego apareció el redondo rostro de Chester Blyton.

—Hey, hola —saludó—. ¿Cómo están las cosas por aquí?

Ni Ruth ni Neal tenían fuerzas siquiera para contestar. Tuvieron que ser ayudados a subir, y cuando ya estuvieron tendidos en la parte de atrás del aparato, y colocado junto a ellos el ataúd con el chimpancé, Blyton señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia atrás.

—Volvamos, Tracy.

—*Okay.*

—¡Buenoo…! —Se sentó Blyton, en el piso del aparato, cruzando las piernas, muy cerca de Ruth y Neal—. ¿Todo va bien, Neal?

—Por todos los… demonios… —jadeó Neal Cronin—. ¿Cómo ha podido… encontrarnos…?

—Lo he localizado a usted por medio del receptor que me obsequió. En estos últimos minutos estábamos recibiendo la señal muy débilmente, pero hemos llegado a tiempo… Supongo que su cuerpo se iba enfriando, y por tanto, el transmisor que se tragó… ¿No cree, Neal?

—Sí… Sí, sí. Pero… no es posible que haya recibido la señal del transmisor que me tragué, Chester. El poder de recepción del aparato que…

—¿Su receptor? Lo tiré. Claro que, primero, hice localizar por un

experto del departamento la onda que recibía, y entonces, hice preparar un receptor mucho más grande y potente, con esa onda, y… no tenía otra cosa mejor que hacer que ir describiendo círculos con este helicóptero, hasta que recibí la señal. ¿Qué le parece?

—Santo cielo… ¡Me parece que es usted un tipo de lo más inteligente, Chester!

—Sí —reflexionó Blyton—. Mi mamá también decía siempre eso mismo, precisamente. Pero, como se suele decir, no soy adivino… ¿Qué ha pasado?

ESTE ES EL FINAL

—… Naturalmente, los Fairbanks y Strother fueron los primeros en ser detenidos —explicó Neal Cronin—. Luego, tuvimos que ocuparnos de los demás. Ha sido lo que suele llamarse una redada completa.

—Sí —murmuró Ruth—. Lo supongo.

Luego, quedaron silenciosos los dos. Estaban en el saloncito de la casa de Ruth, que, doce días más tarde de los sucesos del yate, había recibido la visita del muy amable Neal Cronin, que se creía obligado a explicarle cómo había terminado todo. Y como ya estaba todo explicado, pues… no había más que hablar.

Así que se quedaron calladitos.

—Mm… Gracias por lo de Gonzáles —dijo de pronto Ruth—. Me alegró mucho que usted hubiese encargado al teniente Blyton que se ocupase de que apareciese en el periódico la… publicidad que Gonzáles esperaba. Gonzáles es un hombre muy simpático. Pero estuvo llorando cuando «Clarence» murió al sacarlo de… de la piscina.

—Sí… Claro… Ya ve, hay personas que saben amar, a los animales. Por cierto: la «Operación Chimpancé» ha sido abandonada, por el momento, en vista de las pocas garantías de éxito que ofrecía.

—Lo comprendo.

De nuevo un silencio prolongado. Neal Cronin estaba sentado en un sillón, muy erguido, muy correcto, con su impecable traje oscuro, tenía las manos sobre las rodillas, en el suelo, junto a sus pies, el repleto y pesado portafolios con el que había llegado a casa de Ruth Crichton. La cual llevaba un precioso modelito de tarde que la hacía parecer la más encantadora muñequita del mundo.

—¿Y… y qué pasó con los hombres del helicóptero? —preguntó, rompiendo el silencio, de pronto.

—Oh, sí, aquellos tipos que los Fairbanks habían enviado detrás de Ava y de mí… Sí, los cazamos también. Los Fairbanks los delataron, naturalmente.

—Entonces… todo ha terminado muy bien, ¿verdad?

—Sí. Muy bien.

De nuevo quedaron silenciosos. Ruth se miraba las manos. Neal Cronin miraba de un lado a otro, como esperando encontrar tema de conversación en las paredes, o en los cuadros que pendían de ellas.

—Bueeenooo…

—Vayaaa…

Y de nuevo silencio.

De pronto, Neal Cronin recogió su portafolios, y se puso en pie. Ruth lo miró vivamente, alarmada.

—¿Se marcha usted? —musitó.

—Pues sí… Es un poco tarde ya, pronto será la hora de la cena, y… y la he encontrado tan arregladita y peripuesta, que supongo que tiene algún compromiso, así que… no la entretengo más, señorita Crichton. Está usted… esperando a alguien, ¿verdad?

—Lo esperaba. Y ya llegó.

—Ah…

—Es que el teniente Blyton me avisó. ¿Me perdona un momento, señor Cronin?

—Oh, sí. No faltaba más.

Ruth se puso en pie, y desapareció en dirección a la cocina. Reapareció en seguida, empujando un carrito en el que se veían algunas bandejas, vajilla, copas, cubiertos… Sin decir palabra, lo colocó todo en la mesa, cerca del ventanal que daba al jardín, observada con gran atención por Neal Cronin. Por último, deshizo un paquetito, del cual sacó dos velitas encarnadas, con sus soportes. Las colocó en la mesa, y las encendió. Luego, fue a correr las cortinas. Y finalmente, puso en el tocadiscos una deliciosa pieza de música romántica…

Miró a Neal.

—¿A qué no te esperabas esto? —susurró, muy brillantes los ojos.

Neal Cronin se acercó a la mesa, la contempló con el ceño fruncido, y, sin el menor comentario, se fue a la cocina. Regresó un par de minutos más tarde, con un cubo lleno de cubitos de hielo, que colocó en el carrito. Luego, de su portafolios, sacó una botella de champaña, y la metió entre los cubitos. También del portafolios, sacó una tarrina de caviar, que dejó asimismo sobre el hielo. Del bolsillo interior de su chaqueta, sacó una flor, naturalmente, cortada del jardín de Ruth Crichton, y la colocó entre los rubios cabellos de la muchacha.

—Ajá —musitó—. ¡Todo perfecto!

—Entonces, ya… ya podemos… cenar…

Neal Cronin la abrazó por la cintura, e incrustó en su musculado pecho el de Ruth Crichton.

—¿Se te ocurre algo que hacer mientras esperamos que el champaña se enfríe? —propuso.

FIN





Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle…